

ABSENTA
(Serenata Sideral)

EUGENIA CARRIÓN

Copyright © 2014 Eugenia Carrión

All rights reserved.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, que fueron y siguen siendo, mi Sol y mi Estrella.
A mis hijos Eugenia, Alejandra y Pedro, mis tres planetas favoritos.
A mi hermana Sofía, que es la Luna que siempre me acompaña.
A mis hermanos Juanjo y Loren, dos astros que iluminan días felices.
A mis padrinos Juan y Reme, que son la estela que me guía.
A mis abuelos, mi Big Bang de cariño.
A Álvaro, mis cuñados y sobrinos, parte de mi galaxia preferida.
A mi familia, la Vía Láctea.
A mis amigos, lluvias de estrellas que alegran mi noche.
A Taller Paréntesis, el universo donde comencé a escribir.
Y a Dios, que sembró tanta gente buena en mi camino.

PRÓLOGO

Un amigo, colega abogado, comenzó a contar que tenía miedo a que los extraterrestres le secuestraran y cayó en el descrédito. El comentario más benévolo que oí era que había perdido el juicio. Poco más tarde falleció de un infarto y dejó dos hijos huérfanos. Hablar sobre que crees en ETs no tiene buena prensa, pero en literatura, como en cualquier ficción, todo es mentira y se puede contar una historia increíble sin ser acusado de desequilibrio mental. Eugenia ha escrito sobre un mundo llamado Absenta, y cuenta que existen unos seres que nos aventajan millones de años que fueron los primeros pobladores de la Tierra. Como en todas partes, los hay egoístas que se guardan el conocimiento, y otros como Porfirio, el profesor del que se enamora Adriana, que colaboran con los humanos, codo con codo, para alcanzar un mundo mejor. El primer volumen, *Serenata Sideral*, habla de un secreto oculto durante milenios, que atañe al futuro de la Tierra y de la humanidad, que tal vez algunos sospechen ya, aunque no todos se atrevan a reconocerlo.

¿Una especie desarrolló la inteligencia millones de años antes que el hombre? ¿Está nuestro mundo en peligro y vienen a ayudarnos? ¿Existe un planeta X? Son algunas de las cuestiones que se plantean en esta historia de amor entre una mujer y un absante. ¿Realidad o ficción? Lea *Absenta (Serenata Sideral)*, y juzgue por sí mismo.

Carlota Montenegro.

1 UNA ESCUELA DE CALOR

Creo que encontrar a mi abuelo me ha convertido en la nieta más afortunada de la Vía Láctea. Cuando pensaba que ya no encontraría motivos para continuar, apareció él y cambió mi vida. Desde que falleció su esposa, andaba por inercia con la única ilusión de volver a ver a su hija, pero hace un mes, el dos de abril, la realidad hizo que nos encontrásemos, y aunque lloró mucho al contarle que Mamá había fallecido, en los días posteriores se le veía feliz, quizás por haberle brotado una nieta de una rama caída.

Me instalé en la habitación que había sido de mi madre, con sus cuentos de hadas, el escritorio de nogal, su armario de ropa de los sesenta y los posters de Elvis Presley. Parecía que yo era mi madre viviendo una segunda oportunidad y que, él y yo, siempre hubiéramos estado juntos. A pesar de ser un cascarrabias, tiene un corazón gigante y una única preocupación, encontrar un oficio para que me gane la vida. Mientras desayuna, me

lee las ofertas de trabajo, ninguno le parece bueno para mí. Toma un sorbo de café, fija la vista en el periódico, se acaricia la reluciente calva.—“Escuela de Arte Absenta, se abre plazo de matrícula para un nuevo grupo de escritura”. Adriana, podías apuntarte a uno de estos cursos. ¿No me dijiste que te gustaba escribir? Pues te lo regalo-. Llamo al taller, contesta Porfirio de la Fuente, el profesor y director, y en un castellano sin acento de ninguna parte, me explica con voz dulce que transmite seguridad, que mañana miércoles comienza un nuevo grupo con plazas subvencionadas para el mes de mayo, pero que debe hacerme antes una entrevista, y quedamos para esta tarde a las seis y media, en la sede, en Gran Vía. Pulso el botón que tiene el anagrama de un sol verde. Se abre la puerta y subo al primer piso. En el recibidor color crema iluminado por cuatro lámparas de pie, una en cada esquina, se abre una de las puertas del fondo. Un hombre de complexión atlética con el pelo oscuro y rizado, sale abrochándose la chaqueta de napa, supongo que tendrá menos de 40 años; me sonrío asintiendo, tira del cuello de su camisa acercándose diligente y me clava su mirada de chocolate. Nadie me miró antes con tanta intensidad.

—Un placer... —dice estrechándome la mano entre las dos suyas. Me agrada la cercanía que me da al tacto y su aroma suave a jabón.

—Soy...

—...Adriana. Llevo tiempo esperándote. Sorprendida miro la hora en mi reloj.

—Las seis y media, ¿no quedamos a esta hora?

—Son las siete.

—Lo siento, se paró.

Una joven con las manos tatuadas le besa en la cara.

–Me alegro de verte, Lucía, Javi me comentó que estabas interesada en el grupo de los miércoles, queda una plaza, pero charlamos ahora, ¿te importa esperar un momento?

–No hay problema, no tengo prisa.

–Vamos allá –dice señalando la puerta por la que salió. Me sonrío mientras me conduce al aula y me invita a que tome asiento. Una gran mesa rectangular con sillas para unas veinte personas ocupa casi toda la clase; en un rincón hay una pequeña pizarra sobre un caballete y una pared está decorada con fotografías en blanco y negro que imagino son escritores. Se sienta en el sillón giratorio que preside la mesa delante de una librería y me pongo a su lado. Se da un toque en el centro de la frente con el índice y me observa–Te haré un par de preguntas, una costumbre que tenemos, la de cambiar impresiones con los alumnos antes de comenzar el curso. ¿Cómo tuviste noticia de nuestro taller?

–Lo vio mi abuelo en el periódico. Yo no sabía que existieran estos talleres.

–Ese anuncio tuvo un coste pero parece que ha servido. Llevamos aquí unos meses, antes nos reuníamos en un piso más pequeño en la calle de la Salud, ¿la conoces? –niego con la cabeza– Está cerca, pero vi este y me pareció acogedor. ¿A ti qué te parece?

–Me gusta, es elegante.

–El alquiler es un poco más caro pero por ahora cubrimos gastos. Adriana, ¿has escrito algún libro ya?

–No, solo un diario y algunos poemas, pero hace meses que no escribo nada.

–¿Por qué? –arquea una ceja.

–Es largo de contar, digamos que he pasado una mala racha.

–Lo siento, ¿ahora estás mejor? –le digo que sí. Me sonrío y levantando un brazo coge en el aire un volumen que salta de la biblioteca– Este libro contiene los ejercicios del taller del año pasado. ¿Por qué quieres escribir?

Perpleja, miro la estantería para encontrar una razón lógica.

–Porque... Me gusta... ¿Cómo hizo eso?

Niega con la cabeza.

–No soy tan mayor, así que espero que me tutees. Te gusta escribir, esa es una razón de peso.

Parece que no me ha escuchado y mi curiosidad aumenta a la vez que mi inquietud, ¿estoy metida de lleno en un sueño raro? Tengo que insistir.

–¿Cómo ha ido el libro desde el estante hasta su..., la mano?

Abre del todo el primer cajón de la mesa que al llegar al tope hace un sonido suave como el de un violín y suelta una carcajada.

–Tiene truco, mira –veo el interior del cajón y descubro un teclado con botones fosforescentes, pulsa una tecla, levanta el brazo y otro libro igual que el anterior vuela a sus dedos y me lo da. Me quedo pasmada– Soy un apasionado de la tecnología, esto lo diseñé yo... Algunos relatos son buenos, no desmerecen a los de escritores consagrados. El viernes es la presentación, si quieres venir estás invitada, el último año fue divertido, todos lo disfrutamos mucho.

Leo el título “Absentá, Secreto Sideral”.

–¿Qué es Absenta?

–Es una bebida alcohólica que proviene de la destilación de una planta que se llama Ajenjo, ya la usaban los egipcios en el 1600 a.C. En moderadas dosis favorece la

digestión, mejora el estado de ánimo y el sistema nervioso, tiene muchas propiedades, sin embargo, si se abusa, puede producir alucinaciones. De hecho estuvo prohibida un tiempo, pero se puso de moda en la Belle Époque, y fue un símbolo del ambiente bohemio de aquellos artistas; Van Gogh y Oscar Wilde fueron muy aficionados a tomar este elixir. Como verás es un mundo...

—¿El taller se llama así por ese ambiente de artistas?

—Sí, y otros lugares también, como en el que presentamos el libro. Si lo quieres adquirir, lo vendemos a precio de coste...

—A lo mejor otro día.

—Como quieras —mete una mano bajo la solapa y se acaricia el pecho— Muy bien, Adriana, la plaza es tuya, aquí siempre habrá un sitio para ti.

—Gracias, tengo que traer un cuaderno, supongo.

—Ganas de escribir y un boli, aunque para los despistados tenemos algunos. Antes de irte, rellena tus datos —abre el segundo cajón de la mesa, está repleto de materiales de papelería, me acerca una ficha y un bolígrafo —escribo mis datos y se la devuelvo.

—Olvidaste el teléfono.

—Hace poco que vivo con mi abuelo y todavía no me lo sé —y pienso que ya era hora.

—Yo tardé un año en aprender el mío... Esta es la dirección, fantástico. Me alegra tener en mis clases a una mujerona tan guapa —se muerde los labios, una corriente de calor me recorre de pies a cabeza, creo que me ruborizo y ladea los labios como tratando de evitar una sonrisa. Me dan ganas de despedirme con un beso en la mejilla, pero le tiendo la mano— Bienvenida, espero que te sientas como en casa, un placer.

–...Aunque tengo faltas de ortografía –le aviso.

–Eso se puede corregir. Lo importante es la sensibilidad, eso no se aprende.

Abre la puerta, me cede el paso y me doy cuenta de que tengo el bolígrafo que me prestó.

–¡Me llevaba su bolígrafo!

–Tu bolígrafo –me dice con una sonrisa cálida.

Me despido de Lucía. Y bajando los escalones de dos en dos pienso que el mundo es maravilloso. Mi reloj marca las siete y media, parece que ha vuelto a funcionar y en casa, el cucú da las ocho en punto, la misma que el mío. El abuelo está viendo la Segunda cadena.

–¿Qué programa es ese?

–Uno sobre el fin del mundo, no hay nada que ver en la televisión. ¿Te gustó esa escuela? –dice entregándome un pequeño paquete con papel de regalo.

–Sí, pero esto ¿qué es? –y lo desenvuelvo emocionada.

–Toda escritora debe tener un buen bolígrafo.

En la caja hay un Inoxcrom azul chapado en oro.

–Pero abuelo no quiero que gastes tanto dinero en mí.

–Si no lo quieres... –tira de la caja y me la quita. Sonríe y vuelve a dármela.

–Es el mejor regalo que me han hecho, ¡gracias!

–A los abuelos no hay que darles las gracias –me lo como a besos– Bueno, bueno, tampoco es para tanto... ¿Y qué te ha parecido esa escuela?

–Es un sitio cálido, y el profesor es un caballero.

–Pero no te fíes de las apariencias, que a veces engañan.

–No te preocupes, no me fiaré ni de mi sombra.

Le cuento detalles de lo que hablamos y el documental de la dos habla de Nostradamus y San Malaquías. Él apaga el televisor y pienso en lo mucho que le debo.

–Creo que en Absenta lo vas a pasar bien, y sales un

ABSENTA

poco.

–Gracias por cambiarme la vida, abuelo.

2 CUÉNTAME UN CUENTO

Abro los ojos con la impresión de haber tenido un sueño agradable, intento recordarlo, pero solo logro acordarme de la imagen de Porfirio que me acaricia el pelo y me susurra que tendré noticias tuyas.

–Adriana, ¿un chocolate? –grita el abuelo desde el salón. Doy un bote y salto de la cama. Sobre la mesa hay un gran paquete con churros como para cuatro personas y dos tazones humeantes.

–Si vas a escribir tendrás que comer bien, el cerebro consume mucha energía.

–Eres único, pero ni que yo fuera Agatha Christie...

–Ella tampoco nació sabiendo escribir.

Nos sentamos a la mesa, los churros están deliciosos.

–Quiero que hoy te empadrones –dice con la boca llena.

–¿Para qué? No es necesario.

–Te hará falta, por ejemplo para votar.

–Si yo nunca he votado, ni nada.

–Pues va siendo hora, ¿no?

Tomo un sorbo, me quemo los labios. El abuelo es muy testarudo y no tengo ganas de discutir. Tras los trámites, nos encontramos a la madre de Mara.

–¿Y Mara cómo está?

–Mi hija, fenomenal, se vino a estudiar a la Escuela de Arte Dramático, vive aquí cerquita.

–¿En serio? ¿Desde cuando?

–Hace cuatro meses. ¿Usted es su abuelo? Encantada de conocerle –le dice a él, y se dan la mano.

–Igualmente, señora... ¿Es usted de Málaga?

–Vecinas, ¿verdad Adri? –así es como me llama Manolo, siento un nudo en la garganta y temo que lo mencione.

–Estupendo, en la calle de Toledo, tiene su casa –le dice él.

–Ay, se lo agradezco mucho, pero ya me voy esta tarde, tal vez en otra ocasión –me mira engurruñendo la boca– ¿Pero tú no estabas en América?

–No, me vine a conocer a mi abuelo.

–Pues Manolo cree que estás por el Nuevo Mundo. Se volvió loco cuando te fuiste... –el abuelo frunce el ceño– Y sentí lo de tu madre. Qué pena, ¿le daría un mareo?

–No sé qué le ocurrió... Perdona, tenemos que irnos, ¿pero podrías darme el teléfono de Mara?

–Uy, pues no lo sé de memoria, pero si me dices el tuyo, se lo doy para que te llame –se lo pregunto al abuelo, lo escribo en un trozo de papel y trato de memorizarlo, ella lo coge y lo guarda en el bolso– Se pondrá loca de contenta cuando se entere de que estás aquí. Y Manolo también...

–Prefiero que no le digas a él que estoy en Madrid. Si no te importa.

–Hay personas que van con cara de cordero y cuando los conoces no son lo que parecían, ¿verdad, Adri? Pues, guapetona, que me alegro de verte tan requetebién.

El abuelo me coge de un brazo, nos despedimos, y avanzamos en sentido contrario. –Perdona que no te

hablase de Manolo.

–¿Era tu novio?

–Todavía es mi marido.

–¿Pero os casaríais muy jóvenes, no?

–Yo tenía 16 años.

–¿Y cómo no me lo comentaste?

–Es que prefiero olvidar que existe.

–Erais unos niños, ese matrimonio puede anularse.

–Él era mayor, al principio me daba seguridad porque veía en él al padre que nunca tuve.

–No lo conocías bien, ¿verdad? –le digo que no con la cabeza– Si no lo quieres, para mí no existe y no hay nada más que hablar –me da una palmada en la espalda y abre la puerta de la boutique– Anda pasa, a ver si esta señora te encuentra algo de ropa que te guste.

La dependienta saluda muy efusiva a mi abuelo, me mira de arriba abajo, y le pregunta por su esposa. Él le responde que se le fue hace tres años, pero que desde que llegué yo, ha vuelto a tener ganas de vivir.

–Lo siento mucho, Don Jaime, sería un duro golpe para usted... Así es la vida, unos se van y otros vienen.

–Pero mi nieta se vino con lo puesto, a ver si le enseña algún vestido que le guste.

–Es maja, la moza se parece a la abuela, tiene sus mismos ojazos verdes rasgados... ¿Vestido o traje? –él y yo respondemos a la vez; él, vestido, y yo, traje. La mujer nos sonrío, saca del perchero algunas prendas y las pone sobre el mostrador. Me pruebo el traje de pantalón corto rosa y un vestido caqui. Cuando voy a pagarlos, el abuelo me aparta la mano.

–Deja eso para otra cosa –me dice y le da a la mujer la tarjeta de crédito– Además de guapa, ha salido escritora.

–Pues que tengas mucha suerte, maja.

Por la tarde, estreno el traje de pantalón y llego al taller puntual, mi reloj marcha correctamente. Llamo al portero y se abre la puerta. La chica tatuada de ayer llega corriendo y me pide que la espere. Le sostengo la puerta y entramos.—Gracias por esperar. Un amigo me contó que aprendes muchísimo aquí, él va a repetirlo este mes y escribe genial... Y el profesor está rico, ¿te has fijado? Demasiado músculo para mi gusto, pero de cara es muy mono.

En el recibidor, Porfirio está de espaldas desenroscando una bombilla.

—Perdonadme un momento, se fundió, y la tengo que cambiar, tardo un minuto —nos brinda una sonrisa de oreja a oreja. El chaleco sastre pronuncia sus anchos hombros. Una mujer madura entra muy diligente, y nos saluda y, otra, embarazada, le sigue.

—Si os parece id entrando —Porfirio me lanza una sonrisa y se enciende la lámpara.

La clase está llena de alumnos, nos miran, saludamos y al unísono nos devuelven el saludo. Un chico que lleva un piercing en la oreja se levanta, y tras dar a Lucía un beso, le dice que se siente en su sitio, que va a buscar un par de sillas. Se cruza con Porfirio que entra dando un pequeño bote en cada zancada y mira a los alumnos que tiene en frente. —Ante todo, buenas tardes. Es de agradecer veros aquí... Sois gente rara, en vez de iros a dar un paseo o de compras, venís a escuchar que os hable de literatura, me alegro mucho de que me hayáis escogido a mí. Pero no todos llegaréis hasta el final, suele haber bajas, porque empezáis a trabajar, no os cuadra la hora o surgen problemas... —el chico del piercing entra con dos sillas— Gracias, Javi, eres muy amable, deja una a mi lado para

Adriana, que es más guapa, y tú puedes ponerte allí en frente con Lucía –se ríen y nos sentamos. Coge unas tarjetas del cajón, las baraja y reparte dos a cada uno explicándonos que debemos improvisar un texto acerca de las imágenes que nos hayan tocado. Las mías son de un elefante y una luna. Los demás escriben rápido, pero en mi mente no encuentro una frase que tenga sentido, algunos compañeros comentan que ya han terminado y no he escrito ni una palabra.

La rubia con una felpa de margaritas que hay sentada frente a mí, se enrolla un tirabuzón en el dedo y mira a Porfirio pensativa. –Pues yo he acabado hace un rato, ¿puedo leer el mío? –le dice en tono meloso.

–Espera que acaben los demás, ¿vale?

–Es que estoy deseando conocer tu opinión, que luego en casa nunca tienes tiempo –dice contrariada y él le guiña un ojo. Será su mujer, aunque parece más joven. Me gustaría estar en su lugar, con él seguro que es feliz; podría ser mi marido y no Manolo que tanto me hizo padecer. Porfirio me mira fijamente.

–Quedan 30 segundos –me dice quitándose el reloj, lo pone en una esquina de la mesa.

No puedo dejarlo en blanco y escribo lo primero que se me ocurre: “Elefante, elefante, que siempre recuerdas, en qué noche me olvidaste por otra luna llena”.

Libertad muestra sus dos imágenes. Una es una mariposa y comenta que le encanta, la otra, un duende. Lee un cuento que parece infantil y cursi sobre mariposas de colores que buscan a sus duendes. Porfirio la felicita, eso es porque está enchufada. Todos, uno a uno levantan la mano y leen los suyos. La mayoría son de media carilla, algunos más extensos y bien redactados; qué vergüenza, el mío es una birra. Leo la última. Porfirio me sonrío sin

decir nada. Me gustaría que la tierra me tragase, qué ridículo ha sonado mi texto. Porfirio señala hacia abajo y golpea con el índice la mesa varias veces.—Esto no es un taller de poesía, que nadie se equivoque. Hay alguien que ha escrito un texto poético, pero esto no es un taller de poesía, esto es un taller de prosa, de relatos y cuentos-. Primer pinchazo. Rodeada de gente que escribe mejor, con esa chica que no deja de sonreír a Porfirio, y su comentario, me dan ganas de levantarme, pero, una fuerza me retiene. Nos explica el funcionamiento de las clases. La primera hora la dedicará a teoría: personajes, narrador, trama, estructura del cuento, etc. En la segunda, leeremos lo que hayamos escrito en casa y lo corregirá. Para el próximo día pide que traigamos un texto sobre “despertarse”. Pone las palmas sobre la mesa y se separa echando el sillón hacia atrás.

—Un placer. Los que quieran vamos a tomar una copa. Me excuso diciendo que tengo que irme.

—A tu hija le gustó Absenta, ¿repetimos? —le propone Javi y mira a la joven de las margaritas. Estoy eufórica, ¡es su hija! ¡Qué torpe soy!

—Antes tengo que llenar el estómago que estoy muerta de hambre —dice ella y Porfirio le sonrío asintiendo.

—Bueno a quienes no la conozcáis, os presento a Libertad, dice que le gustan mis clases, no sé si es amor de hija. Ella se coge la amplia falda de hippie elegante por ambos lados y nos hace una reverencia.

—Y no estoy enchufada, que pago mi mensualidad como todos.

Javier y Lucía aceptan, unos se excusan, otros se van sin dar explicaciones. Porfirio no deja de mirarme con una sonrisa que me resulta burlona.

—¿Me das tu telefono por si necesito contactar contigo?

–Creo que ya me lo aprendí –digo buscando en mi bolso el bolígrafo de mi abuelo. Saca la ficha y me la da con mi Inoxcrom.

–Creí que lo había guardado...

–Habrá venido volando. ¡Adriana, qué cosas más raras te ocurren! –dice riéndose.

–Lo habré sacado, pero creí que lo había guardado.

–Al final, esto va a ser una cuestión de fe.

–¿Qué es una cuestión de fe?

–Todo, la realidad, la vida, la escritura...

–¿El amor también lo es?

–¿El amor, el deseo? –dice pensativo.

Escribo el número y se lo doy.

–Creo que este es el mío.

–...Sí, lo es. ¿No te quedas a la copa? Pues te vas a perder lo mejor.

–Me encantaría, pero no he avisado a mi abuelo.

Porfirio niega con la cabeza.

–Lo que pasa es que no te fías de nosotros.

Libertad me mira con una sonrisa de complicidad.

–Anda, quédate, Adriana.

Él me acerca un teléfono sin cable.

–Si es por eso, llámalo, así te quedas más tranquila, úsalo todo lo que quieras.

–¡Qué moderno!

–Es un teléfono portátil, lo vas a estrenar.

–No es necesario, gracias, si solo es un ratito...

Libertad da un bote.

–¡Se queda, chachi! Bueno, ¿nos vamos?

Lucía y Javi prefieren ir a Absenta y Porfirio les dice que nosotros tomaremos antes algo sólido.

–¿Le contaste que somos ranas? –le dice Libertad. Él se acaricia la mandíbula y niega con la cabeza.

–No vayas a asustarla, ¿vale?

–Lo intentaré. ¿Pero puedo contárselo?

Y Porfirio me guiña un ojo sonriendo.

3 DAME UNA CITA

Nos situamos al fondo del restaurante, Libertad, sentada en frente de mí, apoya los codos en la mesa y reposa las mejillas en los puños, mirándome sin pestañear, mientras Porfirio, que está entre las dos, pide al camarero una botella de Ribera, un zumo para su hija, patatas bravas y queso. Me alegra que coincida en mi gusto. Les comento que desde que me vine de Málaga no he salido.

–¡Entonces eres boquerona! – me dice él y asiento.

–¿Vosotros sois de aquí, verdad?

Porfirio afirma con la cabeza señalando hacia abajo.

–Sí, yo soy de aquí.

–Pero yo no –dice ella.

–¿Ah, no? ¿Y dónde naciste?

–En un lugar de la Vía Láctea, de cuyo nombre no quiero acordarme...

–¿En la Mancha, como el Quijote?

–En otro planeta, como Superman –nos reímos mientras el camarero sirve lo que hemos pedido. Libertad prueba las patatas bravas, hace aspavientos cerrando los ojos y al abrirlos, veo una membrana– En este planeta se pasan con el picante, ¿verdad Porfi?

–Libertad no empieces con esas, y no me llames Porfi, un poco de respeto, soy tu padre

–¿Entonces los dos sois de Madrid? –insisto.

–Yo soy de Absenta, pero aún no lo habéis descubierto...

–¿Ah, sí? Y queda muy lejos – me río.

–No tanto, en realidad somos vecinos... En esta galaxia, hay quien prefiere guardar sus conocimientos para ellos, pero nosotros no somos así. ¿La estaré asustando? –dice ella, le respondo que no, y clava la mirada en su padre que niega con la cabeza– Voy a transmitirte un mensaje telepático que mi padre te quiere comunicar: “No quiero que te asustes, pero debes saber que hay más mundos habitados, nuestra civilización tiene su origen aquí en la Tierra, por eso os queremos como a hermanos pequeños. Podríamos manipularos, aunque no más que tú o que aquel –señala al camarero– pero preferimos sugerir y no imponeros nada. Las ranas tienen un tercer párpado para proteger los ojos. Pues yo tengo ese párpado”. Veo la membrana en los ojos de Adriana, otra vez, mientras parapadea, y asustada miro al padre sin saber qué pensar.

–Tienes que perdonarla a veces se le afloja una tuerca, lo que tiene en los ojos es una membrana epimacular desde que nació –me aclara Porfirio.

–¡Papá, pero qué dices! Habíamos quedado en que se lo contarías... Adriana, no tengo ninguna enfermedad –coge el tenedor, lo dobla por el mango como si fuera plastilina, vuelve a tocarlo y lo endereza. Me pregunto qué truco ha usado.

–Cada vez los hacen más endebles... –dice él. Ella deja el tenedor sobre la mesa, lo cojo, intento hacer lo mismo, pero soy incapaz de doblarlo ni un milímetro. Porfirio garraspea– Tiene los dedos fuertes, toca el piano –ella da un golpe, él le manda que se calle. No sé qué creer, si es

verdad, o está loca o me toma el pelo, estoy ansiosa por irme de aquí. Me levanto mirando el reloj, les digo que es muy tarde, que me tengo que marchar, y corro a la salida pensando que no vuelvo al taller.

–¡Espera, déjame que te lo explique! –grita Porfirio, hago que no le escucho. Siento que me agarran del brazo y suelto un grito.

–No sabe lo que dice... Es esquizofrénica –retrocedo y me sujeta por la cintura– la vieron los mejores psiquiatras y no hay forma de controlarla, no puedes imaginarte lo que he sufrido.

–¿Y sus párpados, y el tenedor? –digo zafándome de sus manos.

–¿Vas a creerla? Tiene un defecto en los ojos, y toca el piano. Piénsalo, no tiene sentido, ¿de verdad vas a creerte que es de otro mundo?

Inspiro una bocanada de aire y siento vergüenza de haber dudado de él.

–Tienes razón. Lo siento, ¿cómo pude creerlo?

–Olvídalo. No imaginas lo que estoy pasando, no concilia el sueño, escucha ruidos o imagina fantasmas, y ahora le ha dado por decir que es una ranoide de otro planeta –se peina nervioso con los dedos y le acaricio un brazo.

–¿Y no tiene tratamiento?

–Sí, pero no la cura, aunque su tipo no es violento, si una circunstancia la pone nerviosa, comienza a delirar.

–Comprendo, pero cuando vi la membrana y lo que hizo con el tenedor, pensé que podía ser cierto.

–Y no eres la primera que se lo traga, suele usarlo con los desconocidos para amedrentarlos, pero nunca con nadie del taller. Perdona.

–Perdóname tú por ser tan idiota.

–Entonces, ¿vendrás el viernes a la presentación?

–Me gustaría mucho.

Abre el taxi, en la radio suena *Dame una cita*, y me besa acariciando mi cara con la suya.

–Te llamaré.

4 DIME TU NOMBRE

Me levanto y el abuelo está en la cocina preparando café. Ese olor me recuerda a mi madre. Mientras desayunamos suena el teléfono y él contesta, dice que vienen a traerme un ramo de rosas. Me pregunto quién las habrá enviado. Pienso en Porfirio, pero no puede ser verdad.

Llaman al timbre y abro. Me entregan un ramo de 30 rosas carmesí y una tarjeta.

–¿Quién es tu admirador? –pregunta el abuelo.

–Solo dice: “Superman”.

El abuelo se ríe a carcajadas.

–¡Un pretendiente secreto! Antes de hablar con tu abuela le pagué a un chiquillo en el Rastro para que le diera un ramo de claveles rojos. No puedes imaginar la cara de sorpresa que puso, igual a la que tienes tú ahora, y días más tarde, en la verbena de la Paloma, me declaré, pero nunca le confesé que yo había sido el de las flores.

–¿Y por qué no?

–Al principio por vergüenza, no quería que supiese que llevaba tiempo observándola, luego me contó que tenía un admirador anónimo que hasta le envió claveles... No quise decepcionarla.

–Le hubiera gustado saberlo. A lo mejor lo imaginó que eras tú.

–No creo, porque cada vez que discutíamos me decía que se tenía que haber casado con el de los claveles –el abuelo sonrío mirando la foto de ella que hay en la vitrina, y de nuevo suena el teléfono– Ala, ahora cógelo tú, será él.

–Buenos días, Adriana, soy Porfirio. Te llamo para pedir disculpas por el comportamiento de Libertad de anoche, ¿cómo estás?

–Hola, estoy bien, pero no es necesario que la disculpes, tiene un problema, no es culpa suya ni de nadie.

–Habitualmente se muestra normal y cuesta entender que sea una enferma. Gracias por ser tan comprensiva.

–Gracias a ti.

–¿A mí, por qué?

–¿No me enviaste un ramo de rosas?

–¿Alguien te mandó flores?

–Sí, y no conozco a nadie en Madrid.

–Habría sido buena idea, pero yo no he sido.

–Pues vaya metedura de pata...

–Si no conoces a nadie... A lo mejor un vecino, vete a saber. Lo extraño es que no te envíen flores más a menudo. Te llamo, también, por si quieres que quedemos mañana antes de la presentación.

–Me encantaría.

–Si te parece, podemos vernos a las ocho en la boca de metro de Tribunal.

Le digo que me parece fantástico y nos despedimos hasta mañana.

El que envió las rosas tiene un gusto exquisito, aunque no sea él, me siento eufórica y con ganas de bailar. Me voy al dormitorio y pongo los 40 Principales, suena “Jardín

de rosas”, qué casualidad. Debería escribir el curriculum, y me siento delante de la máquina. Oigo un ruido, viene de la sala, voy a ver qué fue. El abuelo está en su sillón con el periódico sobre las piernas y señala el jarrón, se ha volcado.

–¿Habrá sido el viento? –me pregunta extrañado.

–Pero todas las ventanas están cerradas. ¿No será por el peso de las flores?

El abuelo levanta las cejas y encoge la boca. Seco el agua que se ha derramado sobre la mesa y vuelvo a llenar el jarrón, veo difícil que se volcara por el viento. –¿Y no habrá sido un terremoto?

–Calla, niña, que uno ya no está para sustos. Ha sido el viento, no le des más vueltas.

–Me parece muy raro... Voy a comprar manzanas, ¿quieres?

–Sí, y tráete unas fresas.

Tras hacer la compra, miro en el buzón y encuentro una carta para mí. La segunda sorpresa de hoy, miro el remite intrigada, pero está en blanco, reconozco la letra, es de Manolo. Toda mi alegría se desvanece, intento leer la carta, me tiemblan las manos. Subo en el ascensor dándole vueltas a la idea de como habrá encontrado mi dirección y si no sería él también el que me ha enviado las flores. El abuelo me abre la puerta y me pregunta que tengo mala cara. Le doy el sobre. Me dice que no tiene sello ni remite que el que la ha enviado la dejó directamente en el buzón. Le comento que es de Manolo.

–¿No vas a leerla?

–No sé... ¿me la puedes leer tú?

El abuelo se pone las gafas de cerca y lee a media voz: “Querida Adri: No soy el mejor hombre del mundo, pero te quiero y quiero que vuelvas conmigo. No sabes el

dinero que llevo gastado en encontrarte porque te echo mucho de menos. Y cuando Mara me contó que te había visto en Madrid me puse loco de contento y cogí un tren para venir a verte. He dejado de beber, he cambiado y nunca volveré a pegarte. Reconoce que pasamos buenos momentos, ¿te acuerdas de París? Entonces decías que te alegrabas de haberte casado conmigo. Te di todo y tú me respondiste mal, supongo que no me perdonarás que a veces se me fuera la mano pero es que cuando me ponías nervioso no me podía controlar. Ahora soy otro hombre. Por favor te pido que vuelvas, Adri, dame solo otra oportunidad y te prometo que te quito la denuncia por apropiación indebida. Te dejo el teléfono de mi hotel para que me llames.”

El abuelo resopla, y me devuelve la carta.

–Valiente tipo... ¿Volverás a Málaga con él?

–Eso, ni pensarlo. Menos mal que le pedí a la madre de Mara que no le dijese que me había visto...

–Y él ha sido más rápido en venir a buscarte. Y lo que dice que le has robado, tendrás que devolverlo, ¿no?

–Me abrió una cuenta en el banco cuando cumplí 18, me ingresaba dinero. Lo saqué para pagarme los gastos del viaje desde Málaga y poder vivir. No le he robado nada.

–Te creo, niña. Olvídate de ese indeseable.

–No sé si podré pensando que esas flores son tuyas, voy a tirarlas ahora mismo –recojo las rosas del jarrón y me las pongo en un brazo. Bajo por la escalera y tras abrir el portón me quedo petrificada. Al otro lado de la calle un hombre robusto, trajeado y con fijador en el pelo me recuerda a Manolo. Parece que me mira, vuelvo a entrar en el portal y me resguardo tras el portón. Él se da media vuelta, parece que se va. Le sigo con la vista, me cercioro de que ha girado la esquina, salgo de nuevo. Juraría que

era él. Me acerco al contenedor maldiciendo el día que encontré a la madre de Mara, ¿por qué tuvo que decirle que me había visto? Abro la compuerta del bidón, me da pena tirar las rosas, ¿y si no son tuyas? ¿Y si me las envió Porfirio y me mintió? Pero para qué iba a mentir... Escucho la voz de Manolo detrás, y suelto la compuerta del contenedor de golpe.

–Bonitas rosas, ¿quién te las habrá enviado?

–¿Y a ti qué te importa?

–Te recuerdo que soy tu marido. ¿Es que ya lo olvidaste?

–¿Qué haces aquí Manolo? ¿Para qué has venido?

–Por ti. ¿No has recibido mi carta?

–Sí, pero no voy a volver contigo, ahora vivo con mi abuelo... Él es el que me ha enviado estas flores.

–¿Seguro? ¿Tu abuelo o uno que te mantiene?

Me quedo planchada, y me abrazo a las rosas.

–Es padre de mi madre, me enseñó fotos, y lo encontré – le digo con resentimiento.

–Era una broma, cuando te enfadas me excitas –me coge del cuello y trata de besarme, le esquivo y choca un hombro con el contenedor –¿No me vas a dar ni un beso? ¿Es que ya no te gusto? Pues antes lo pasabas muy bien conmigo, ¿no será que necesitas que te refresque la memoria?

–No necesito nada de ti.

–Pero yo te quiero...

–Pues vaya forma que tienes de quererme.

–A veces me pasé, lo reconozco, pero ya no bebo.

–¿Solo a veces? Si me quieres, vete y no vuelvas.

–Nunca te dejaré.

–Entonces, me iré yo.

–No solo me dejaste a mí, también a tu madre, por eso se tiraría por el balcón... –siento que sus palabras rebasan lo

que puedo soportar, que intenta conseguir que me sienta culpable. Doy media vuelta y aligero el paso hacia el portal. Me agarra con fuerza del brazo y me duele— ¿Y qué hiciste con el dinero que me robaste?

—Me haces daño... Si no me dejas voy a gritar.

—A mí, con amenazas, no. Además, esto es solo una pelea de enamorados —dice soltándome.

—Esto no tiene nada que ver con el amor, y el dinero te lo devolveré hasta la última peseta. Pero lo de volver contigo, olvídalo, no quiero volver a verte. Adiós, que tengas un buen día.

—Adiós.

Me tiembla todo el cuerpo, parece que estoy teniendo una pesadilla y solo deseo despertarme. Llego a casa, huele bien, a potaje de lentejas, pero no tengo apetito. El abuelo mira las flores extrañado.

—¿No las ibas a tirar a la basura? ¿Te has arrepentido?

—Es que no son de Manolo.

—¿Cómo lo sabes? No es que quiera que las tires, ya te dije que estaban muy bien donde estaban —lleno de nuevo el jarrón y le explico, omitiendo detalles que le puedan lastimar, que le he visto— Parece que te está persiguiendo, espero que se vaya por donde ha venido.

—No lo sé, abuelo, es muy cabezota.

—Ahora vamos a comer, intenta olvidar a ese desgraciado.

Enjuago las fresas pensando que si Manolo no me envió las flores, ¿quién puede ser? ¿Por qué no me dice su nombre? ¿Será Porfirio y me mintió?

5 LA LLAMA ETERNA

Tengo un bebé en los brazos y me sonrío, Manolo me quita el niño y de mala manera lo deja en un sillón, y me coge del cuello. Me cuesta respirar. Despierto empapada en sudor. Suena el teléfono y el abuelo llama con los nudillos en mi puerta.

–Preguntan por ti.

–En seguida voy –de un respingo me levanto.

Contesto al teléfono.

–¿Eres tú? ¡Soy Mara!

–¡Qué alegría! Me dijo tu madre que estabas aquí, ¿cómo estás?

–Ahora muy contenta de escucharte, ¡pero eres una golfa! ¿Te vas sin despedirte de tu amiga del alma y no haces ni una llamada para decir que estás viva? ¡Cuando te vea te voy a dar una! En serio, Adriana, creía que te había pasado algo muy grave ¿cómo no te despediste ni nada?

–Siento haberte preocupado. Ya te explicaré

–Bueno, no importa, pero tenemos que vernos. ¿Te viene bien esta tarde?

–Iba a la presentación de un libro, pero puedo dejarlo, ¿y a ti como te va en la escuela de teatro?

–Estoy aprendiendo mucho, me costó convencer a mi madre pero al final me vine y estoy encantada, sobre todo desde que sé que tú estás en Madrid, ¡es increíble!

–Sí, Mara, entonces a qué hora te viene bien...

–Si tienes planes, no importa, quedamos mañana, ¿vale?

–¿Nos vemos en la plaza Mayor a las diez?

–De acuerdo. Hasta mañana, ¡descastada!

Llego puntual a la boca de metro de Tribunal. Porfirio remanga los puños de su chaqueta de rayas azules, y me sonrío.

–Te sienta muy bien ese vestido caqui, y no sé qué te has hecho en el pelo, pero estás muy guapa.

–Solo me lo dejé suelto, gracias.

Lucía y Javi se acercan cogidos de la mano y nos saludan, y por el camino no dejan de hacerse arrumacos.

El pub *Absenta* es un local pequeño pero apacible, suena música de la Nueva Ola; cuatro personas en la barra charlan amigablemente y dos chicas que parecen estar aburridas ocupan una mesa. Nos pegamos a la barra y Porfirio, tras saludar con la mano a las chicas, pide cuatro copas de Absenta. El camarero comienza el ritual quemando los terrones de azúcar.

–¿Me dijiste que nunca la habías probado? –me pregunta Porfirio.

–Así es.

–Te gustará.

–¿Cómo estás tan seguro?

Él ladea una sonrisa burlona y se encoge de hombros.

–Pero ten cuidado, hay que tomarla en pequeñas dosis.

Lucía y Javi están a mi lado besándose y cuando nos sirven las copas, Porfirio me acerca una. Pruebo un sorbo y me gusta su sabor anisado.

–Tenías razón, me gusta.

–Hay tres tipos de Absenta, negra, roja y esta que se llama “Hada verde”. Esto es solo una palomita pero tiene bastante alcohol, a pesar de que la hayan rebajado con agua.

–Entonces, la tomaré despacio.

Javi saca un sobre pequeño y reparte su contenido en las dos copas que quedan.

–¡Hoy volarás, te lo aseguro! –le dice a Lucía.

–Yo tuve suerte, un amigo me invitó a probar eso y me sentó tan mal que no volví a tomarla – me comenta.

–¿Pero qué es lo que ha vertido Javi en sus copas?

–Polvos mágicos, con eso alucinaría hasta una vaca, están locos.

–¿Me perdonas un momento? –y sonrío a una mujer esbelta con el pelo azul que está en los escalones de la entrada. Se dirige a saludarla, le dice algo, ella asiente y le da un beso cerca de los labios, y se apaga una bombilla que cuelga del techo frente a mí. Javi y Lucía están discutiendo.

–¿No vas a probarla? –pregunta él.

–Te he dicho que no, y no voy a cambiar de opinión – dice Lucía.

–Si no va a pasar nada, solo te notarás diferente...

Porfirio y la mujer están conversando con las caras muy cerca, esta vez no puede ser su hija, eso está claro.

–Tampoco es para ponerse así, te pido otra, churri –Javi hace sonar los dedos y el camarero le mira– ¡Tronco ponle otra que ésta no le ha gustado!

–Si la pagas, por supuesto.

Porfirio da la mano a los que llegan y la mujer no deja de sonreírle muy complacida. Me tomo la copa de un trago.

–Otra, por favor –le digo al camarero mientras retira la de

Lucía.

Me sirve la absenta, me la tomo del tirón, Porfirio no vuelve y la pareja no deja de hacerse carantoñas. Me noto mareada, todo comienza a darme vueltas y me entran ganas de vomitar. Me voy al aseo agarrándome a la pared para no caerme, noto el estómago como si fuera una centrifugadora. Me dan arcadas y el suelo no para de moverse. Oigo un zumbido y de fondo, como el sonido de las olas del mar, siento que me vibra el cuerpo. Escucho a Porfirio que me llama al otro lado de la puerta.

–¿Estás bien?

–Ya salgo, es que estoy muy mareada.

–Vomita, te habrá sentado mal la Absenta.

–No puedo...

–¿Quieres que te ayude?

Le abro la puerta.

–Sí, por favor, me siento muy mal.

Mete dos dedos en mi boca y vomito más de lo que he bebido.

–Ya me siento bien, gracias –me enjuago la boca.

–Te llevaré a dar una vuelta, a que tomes aire puro –me dice cogiéndome de la mano. Al final del pasillo, mete una llave en una ranura que hay en la pared, se abren dos correderas automáticas y desciende una escalinata de metal de una nube. Estoy aterrada, Porfirio sube un par de escalones y tira de mi mano.

–Tranquila, confía en mí.

–¡Qué misterio! Y esa con el pelo azul ¿era tu mujer?

–Es una amiga –arqueando una ceja me sonrío– ¿Ya estás mejor?

Subimos la escalera. Un resplandor me ciega los ojos y entramos en una cabina de cristal que nos transporta a través de un túnel, al final veo una luz verde. Me abraza

y cierro los ojos. Me pide que mire alrededor. Abro los párpados. El cilindro de cristal se desplaza levitando a unos centímetros del suelo. Alrededor todo me parece deslumbrante, edificios de espejos unidos por numerosos puentes de los que caen enredaderas cuajadas de flores en tonos muy vivos, y encima un cielo esmeralda muy radiante. El suelo, como cristal, cubre un mar tranquilo o lago, hay aves de llamativos colores, y árboles frondosos. Vuelan artefactos cilíndricos como el nuestro y senderos serpentean como ríos formando fuentes y cascadas. Hay personas que caminan despacio y otros van a velocidad de vértigo por el aire. Las calles circundan una gran plaza cuyo centro es una pirámide de color esmeralda que tiene en su interior un fuego. Alrededor, las flores asemejan una alfombra oriental.

–Bienvenida a Absenta –me susurra.

–¿Estoy alucinando? ¡Esto es maravilloso! ¿Es un sueño?

–Estamos en la capital de Absenta, *Ciudad de Paz*, un planeta de recreo. Aquí abandonamos las funciones o trabajos para cargar las pilas, hay quien la llama el Sueño Eterno, el que llega aquí ya no desea vivir en otra parte, salvo aquellos que creen en el Paraíso.

–¿Y tú crees en el Paraíso?

Porfirio niega con la cabeza.

–Creo en el hombre, que puede perpetuarse conservando la memoria de lo que es.

–Parece el cielo.

–Pero esto es físico, material.

–¿Aquí no existen creencias religiosas?

–Las hay, y las respeto, aunque no las comparto.

–¿Esas personas son humanos como tú y yo?

–Algunos son humanos, otros son absantes.

–¿Qué son absantes?

–Una generación que evolucionó en la Tierra de anfibios hace cientos de millones de años, son ranoides, aunque comparten, un 80 por ciento, genes con el homo sapiens. Son muy pacíficos, aborrecen la violencia.

–¿Libertad es absante? –Porfirio asiente– ¡Cómo es posible! No puedo creerlo... ¿Pero tú eres de la Tierra como yo?

Asiente de nuevo.

–Pero aquí descanso, tengo mi hogar.

–¿Tú eres humano, no?

Porfirio me acaricia la punta de la nariz.

–Tengo mucho que contarte, pero por hoy bastará con una toma de contacto. Debo ir poco a poco.

–No lo comprendo.

–Adriana, la información que te voy a dar puede ponerte en peligro y tienes que ser muy discreta, o te complicará la vida.

–¿Por qué?

–Hay una facción que pretende dominar el mundo con malas artes, y si se dan cuenta de que eres mi amiga, van a ir a por ti, te encerrarán en un manicomio o algo peor. Por eso no debes decir nada a nadie. Por otro lado, hasta que tu mente no se habitúe, te costará aceptar que este mundo existe.

–Porfirio me vas a volver loca...

Me mira pensativo y niega con la cabeza, se ríe y señala uno de los edificios de espejos.

–Mi casa... Aunque, en realidad, donde vivo la mayor parte de lo que llamas “tiempo” lo paso en otros lugares.

–¿Aquí llamáis al “tiempo” de otra forma?

–Lo llamamos eventos o sucesos, están graduados por lugares y épocas de cada mundo, un poco complicado, vivimos en un eterno presente y te desplazas al momento

que desees. Vivimos en lo que se conoce como la quinta dimensión, aquí controlamos el tiempo.

–O sea, ¿podéis viajar al pasado?

–Pero tiene algunos riesgos, no te creas, te puedes quedar enganchado. Muchos se quedaron en un tiempo y no volvieron.

–¿Y a ti nunca te pasó?

–A mí, no.

Porfirio se ríe, me coge de las manos como si fuese a enseñarme a caminar. El transbordador se detiene sobre un lago. Descendemos. A mis pies siento un balanceo como el de un flan, me agacho para tocar el agua y compruebo que es como blandiblú, un juego de mi infancia con una textura gelatinosa.

–Ven siéntate a tomar el sol, es una energía muy pura, y quítate los zapatos. Este es el mar de la Serenidad, aunque parece un lago por su escaso oleaje.

Tengo la sensación de sentarme en una cama elástica, me descalzo y doy unas patadas sobre la superficie y mis pies rebotan. Acaricio la gelatina y es muy suave.

–¡Qué gustazo! Estamos en el Sistema Solar, ¿no?

–No, pero nuestra estrella es similar, solo que su luz al entrar en contacto con la atmósfera refleja los verdes, por eso vemos el cielo y el mar así. De ella nos proveemos de energía para todo.

–Excepto por el color y la textura, parecería que estamos en la Tierra... ¿Y aquí hay peces?

–Es demasiado denso, pero en la zona de los edificios, el agua es dulce y hay vida submarina. La Tierra y Absenta, aunque cada una tiene sus peculiaridades, son hermanas. La mayor diferencia es que aquí hemos alcanzado niveles muy altos de empatía con la naturaleza y los demás seres que pueblan el multiuniverso.

Porfirio se tumba extendiendo los brazos y acaricia la superficie gelatinosa.

–Quiero contarte un secreto que nos preocupa mucho del futuro de la Tierra.

–Me muero por saberlo, ¿de qué se trata?

–Te vas a asustar...

–Me dejas en ascuas, ¿por qué?

–Porque es un problema que va a poner a la humanidad al borde del colapso, el secreto 3666, pero todavía no es conveniente que sepas más... Disfruta del paisaje, mira el amanecer –me coge del brazo y me tumba, siento como si estuviera en un colchón mullido. Un inmenso arco iris va cubriendo el cielo. Es lo más hermoso que he visto nunca. Apoyo mi cabeza en su pecho mientras oigo sus intensos latidos como si una fuente bombease agua en mi cabeza. Pero estoy intrigada por lo que me acaba de decir.

–¿Es que va a ver una Tercera Guerra Mundial?

–No, olvídale –se pone de pie, me coge de las manos y subimos al transbordador, Porfirio detrás me pone los brazos a ambos lados y ascendemos.

–¿Te incomodo?

–No sé si esto es real.

–No eres la única a la que le ocurre, a mí también me parece ahora que estoy soñando. Somos compañeros de viaje, aunque tú tienes tu vida y yo la mía.

–¿Y si no hubiese llegado al taller no nos hubiéramos conocido?

–Tenías que llegar así como una rama partida termina por caer .

–¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Estamos muy lejos de la Tierra, no?

–Para Cristóbal Colón hubiera sido imposible ir a la luna

en una carabela, pero como sabes, Neil Amstrong llegó a bordo de un cohete en cuatro días. Tenemos un medio instantáneo de viajar.

–¿Y cómo lo habéis conseguido?

–Abriendo puertas.–No lo entiendo.

–Siempre dejamos las puertas abiertas, nunca decimos “esto es imposible”. Aquí se parte de que todo es posible. No compramos ni vendemos, intercambiamos. Por dinero todo se convierte en mercancía. Aquí cada uno puede tomar lo que quiera, y como sabemos que hay de sobra, no acumulamos. Pero, no debes hablar de esto. Una vez que abandonemos este lugar todo seguirá para ti como hasta ahora, como si no hubieras estado aquí, ¿me lo prometes?

–Lo prometo, pero ¿por qué?

–Ya te lo he dicho, acabarías muy mal, créeme.

–¿Y tampoco lo puedo escribir?

–En una narración es diferente. Ahí puedes chivarlo todo, los que tengan mente abierta lo comprenderán, los que no, se quedarán en que solo es una ficción. Así hicieron muchos escritores antes.

–¿Hay peligro para Absenta si hago un comentario?

–La única que corre riesgos eres tú, si lo cuentas te vas a complicar mucho la vida. Ni si quiera a mí podrás hacerme el más mínimo comentario cuando volvamos.

–¿Ni a ti? Pero si tú eres el que me has traído...

–Es lo mejor. Por ahora...

–Quiero saber más de Absenta, su historia, en qué trabajáis, cómo vivís... –Porfirio mueve la cabeza hacia el mismo sentido en que gira el transbordador– ¡Acabo de descubrir que lo conduces con la cabeza!

–La técnica es sencilla, no te creas –y señala hacia un oasis que me parece idílico con canales y saltos de agua.

–Lo diseñé yo. ¿Te gusta?

–Sí, ¿eres diseñador de oasis?

Porfirio suelta una carcajada.

–Aquí el trabajo lo tomamos como un hobby y el mío consiste en actividades creativas, indago en la belleza, en mejorar la vida. Ahora no debes decir nada de lo que has vivido, pronto tendrás noticias mías –me dice y recuerdo el sueño en el que me decía las mismas palabras. Deseo volver a Absenta con él. Se abren las puertas correderas y entramos al pasillo frente al aseo– Volverás, eso no lo dudes. Todo vuelve a darme vueltas y escucho la voz de Lucía. –Adriana, ¿estás bien? ¡Abre! Intento contestar y no me sale la voz. –Espera, voy por ayuda –logro asirme al pomo de la puerta y se abre. Javi está a punto de dar una patada. –¡Cuidado! –grita Lucía. Javier baja la pierna y me ayuda a levantarme– Lo siento, Adriana, ¿cómo estás?-. Lucía tira de mí. Porfiri está hablando a un grupo de gente que le rodea.

–Espero que disfruten de “*Absenta, Secreto Sideral*”. Gracias a todos y bienvenidos –me mira con gesto de preocupación acercándose a mí– Te estuve buscando... ¿Dónde te has metido? ¿Te encuentras bien?

–Para haber hecho un viaje a años luz de la Tierra no estoy muy mal –doy un traspiés y le doy un pisotón– ¡Perdona!

–No importa. Perdóname tú, tenía que haberte esperado para presentar el libro –nos sentamos en una mesa. Lucía trae una bolsa con hielo y él me la pone en el chichón– Te has dado un golpe muy fuerte... ¿Quieres que te lleve a urgencias?

–Lo que quiero es volver a Absenta. Te prometí que no diría nada, ¿pero puedo hacerte solo una pregunta? –le susurro al oído.

–¿Qué pregunta?

–¿Tú eres una ranoide?

–¿Has bebido mucho? Te acompaño a casa.

–¿A cuál?

–A la de tu abuelo.

–¿No podemos ir a la tuya en Absenta?

–¿De qué casa hablas? Mejor iremos a que te revisen, por si las moscas...

–¿No hemos visitado otro mundo, verdad? –niega con la cabeza– No me lles al hospital, me encuentro mejor, en serio, quiero irme a mi casa.

–De acuerdo, ¿podrás sostenerte? –me levanto y él me sujeta por la cintura, y así nos dirigimos al taxi.

–He alucinado. Creí que estábamos en un mundo llamado Absenta. Desde que te conozco me pasan cosas muy raras, y estoy hecha un lío. Tu hija comentó que era de otro mundo, que tenía un tercer párpado...

–Adriana, ¿cuántas copas tomaste?

–Dos.

–Cuando despiertes mañana lo verás más claro, bebiste un poco y te sentó mal, ¿estás mejor ahora? –me toca la cabeza– Ha bajado el chichón, te afectó el golpe... –me abre la puerta del taxi, saca un libro del interior de su chaqueta y me lo da.

–Espero que disfrutes de “Absenta” tanto como yo –se lo agradezco– ¿Cómo estás? Si lo prefieres te acompaño a casa.

–No es necesario, ya estoy bien.

–Que pases una buena noche –me besa en la mejilla– Te llamaré.

En el taxi siento que ha sido una alucinación maravillosa, pero la duda continúa y aunque deseo que Porfirio solo sea un hombre, por otro lado la imagen de los dos en ese

mundo, tumbados sobre un mar de gelatina, bajo un amanecer verde, me gusta, y recuerdo mi promesa y lo que Porfirio me advirtió.

6 NACIDA PARA AMAR

Al final de la escalera hay un precipicio. Manolo viene, me empuja. Caigo sobre un toldo, me mira desde arriba. Porfirio lo agarra y lo lanza contra el suelo. Suelta una soga y escalo por ella. Se quita la piel descubriendo una cara de cocodrilo. Me despierto sobresaltada. El cucú del salón canta las diez. Recuerdo que había quedado. Me arreglo en cinco minutos y aviso al abuelo que volveré por la tarde.

Estoy llegando a la Plaza Mayor y siento que alguien me coge de la pantorrilla y me vuelvo dando un grito.

–¡Cuántas ganas tenía de verte! –me dice Mara y y me da un abrazo.

–¡Y yo a ti!

La veo muy cambiada, lleva el pelo violeta, corto como un hombre y un gran flequillo le tapa un ojo. Nos abrazamos de nuevo y nos cruzamos preguntas a la vez. Le va de maravilla y me dice que si encontré trabajo. Le comento que no y que me apunté a un taller de escritura.

–¡Genial! Te gustaba escribir... ¿Y de amores qué?

–De eso regular tirando a mal, pero he conocido a un hombre que me gusta –le digo, aunque dudo si en

realidad es un hombre.

–¡Ah, sí, cuenta, cuenta!

–Me está volviendo loca, hasta alucino.

–Chica, qué fuerte. Me lo tienes que contar con detalle.

–Pero vamos a desayunar unos churros, ¿no?

Por el camino me cuenta que tiene novio y que ayer le regaló una amatista preciosa que es la mitad de otra que guarda él. Yo le hablo de Porfirio. Entramos en una cafetería cercana, me deja pasar primero, y al volver la cabeza hacia la calle veo a Manolo a unos metros de nosotras.

–¿Qué ocurre? Te has puesto muy seria –me dice Mara.

–No te vuelvas, pero ahí está Manolo.

–¿Manolo? ¿Qué hace aquí? –me susurra. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana.

–Ahora se ha ido... Pues según él, por mí. Supongo que tu madre le comentaría que me vio.

–Tía, qué miedo... Y mi madre no sabe estarse callada, mira que se lo advertí que no querías que lo supiera... No sé si contártelo pero he escuchado un rumor sobre él.

–¿Qué rumor?

–No sé, es que es muy fuerte, tampoco estoy segura... Háblame de ese profesor, parece interesante.

–Me lo tienes que contar, Mara.

Se retira el flequillo y me mira fijamente. El camarero nos pregunta qué vamos a tomar y nos lo sirve, dos chocolates con churros. Mara remueve el chocolate con la cuchara.

–El día que tu madre falleció... –me mira ladeando la boca– ...vieron a Manolo...

–¿Dónde?

–...saliendo del portal, dicen que no fue un accidente.

–¿Quieres decir que él la empujó?

–Solo sé que lo vieron salir del portal de tu madre, lo demás son elucubraciones... No creo que fuera capaz de hacerlo.

–Mara, ya lo había pensado, y es capaz, lo es...

–Creo que no tenía que haberte contado nada, ¡y si no fue él!

–Lo conozco, y conocía muy bien a mi madre, no se suicidó.

–Si estás tan segura, sería mejor que lo denunciaras.

–Pero no tengo pruebas, ¿qué le digo a la policía?

–Además, no quiero asustarte pero podría hacerte daño.

–Me lo hizo, ¿por qué crees que me vine sin despedirme?

–Se oían gritos, creí que eran discusiones fuertes pero nada más. Tú nunca me contaste nada...

–¿Para qué hubiera servido?

–Podía haberte ayudado, no tenía ni idea. Adriana, tenemos que ir a la policía.

–A ver qué pasa, si se va prefiero olvidarme de todo esto.

–¿Pero y si no se va?, y si...

–Mara, hablemos de otra cosa.

–Está bien... ¿Y ese profesor te produce alucinaciones, de qué tipo? –y sonrío maliciosa.

–Si te lo cuento, vas a pensar que estoy loca.

–¡Jamás pensaré eso de ti! –le explico lo que ocurrió en Absenta, y que dudo que sean alucinaciones– Adriana, lo que te pasó es que pillaste una cogorza de mil demonios.

–Es que fue muy real.

–Adriana, ¿te has vuelto loca?

–Lo ves, no tenía que habértelo dicho.

–Ese no te está sentando bien, yo de ti no volvía a esas clases.

–Lo he pensado, aunque no quiero dejar de verle.

–Tienes que presentármelo, mi ojo clínico nunca falla.

Pasamos el día viendo tiendas, tras el almuerzo vamos al cine a ver *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, pienso que el título define mi estado. Me acompaña a casa y le presento al abuelo, se caen muy bien mutuamente. Nos cuenta que la habitación que tiene alquilada en Serrano es muy mona pero que ella no está a gusto con la casera. El abuelo le dice que tenemos una habitación libre que si quiere puede venirse a vivir con nosotros. Ella se lo agradece y comenta que le pagaría una mensualidad. El abuelo niega rotundo.

–He vivido muy solo estos últimos años y teneros a las dos aquí, es una alegría. Piénsalo y si quieres, te vienes.

–Lo pensaré, aunque me parece un abuso –dice ella.

–De abuso nada, me hago la idea de que tengo dos nietas...

Mara se marcha, el reloj de cuco marca las 7 de la tarde y suena el teléfono, contesto, es Porfirio.

–Hola, cómo estás, anoche me quedé preocupado.

–Ya mejor, gracias. Sería la Absenta, supongo.

–Me alegro. Entonces todo va bien, ¿no?

–Todo no.

–Cuéntame... ¿Te ocurre algo?

–Es que tendría que explicarte muchas cosas...

–No importa, tengo todo el tiempo del mundo.

–Hace meses abandoné a mi marido y ahora ha venido a Madrid.

–No tenía noticia de que estuvieras casada... ¿Y vuelves con él?

–Todo lo contrario, le aborrezco.

–Pues mándalo al carajo. ¿Qué problema hay?

–Que es un pesado.

–Si te molesta te recomiendo que lo denuncies.

–No sé qué hacer.

- Si quieres ven el miércoles antes de la clase y hablamos, ¿vale?
- Vale, espero que se vaya pronto y me deje en paz.
- Ojalá. Pero si me necesitas, en mí siempre tendrás un amigo.
- Te lo agradezco.
- A ti. Si estás agobiada, escríbelo, es una buena terapia.
- De acuerdo, a ver si me inspiro.
- Hasta el miércoles, cuídate.

Doy saltos de alegría, el abuelo pone la televisión y me pregunta si hablaba con ese profesor del nombre tan raro, que me ve muy contenta. Le digo que sí, pero que a veces siento que me estoy volviendo loca.

-El que más y el que menos andamos un poco pillados, niña, si no es por una cosa es por otra, los cuerdos no existen. Tú eres muy lúcida y coherente. Los años amansan pero yo también tengo mis cosas.

Si el abuelo supiera de mis alucinaciones, se llevaría un chasco conmigo. Vemos el concurso de Eurovisión, Nina representa a España. Dice el abuelo que tiene una sonrisa parecida a la mía, y recuerdo la de Porfirio tan fresca, y que anoche me regaló un volumen de “Secreto Sideral”. Voy a mi habitación y me tumbo a hojearlo.

En la primera página, hay una dedicatoria: “A mi mujer”. El corazón me da un vuelco, si no está casado, ¿quién será ella? Me emociono pensando si pudiera ser yo, pero razonablemente es imposible. Salto algunos cuentos y me detengo en uno que me atrae su título, “Otro amor es posible”, y su autor es Porfirio Lunati. ¿Un alumno con su mismo nombre, no será él? Lo leo entusiasmada pensando que pueda ser un relato suyo y me gusta, trata de seres extraterrestres. Distingue grados de inteligencia,

humana y de seres más evolucionados. El protagonista al que llama “Lupo TD”, procede de Orión y su raza no necesita aparatos para volar, y construyeron una ciudad entre las nubes, un Olimpo, invisible, confundándose con un trozo de cielo. Gozan de un máximo progreso en medicina, que les proporciona una vida eterna a base de implantes de órganos y tejidos que se reparan antes de que se atrofien. A pesar de su avanzada tecnología, estos seres pueden sentir emociones parecidas a las humanas, como el cariño y la pasión. Lupo TD que conserva esta sensibilidad intacta, se sintió muy atraído por una mujer en el pasado remoto. Y trazó un plan para mejorar su vida: a través de sugestión guiaría a su tribu hacia unos prados cercanos donde encontrarán alimento abundante cerca de un lago cristalino. Allí su estimada criatura, podría encontrar un cazador y formaría un hogar en una acogedora caverna. Pero la vida continuaba siendo difícil, y sugirió al clan que crease la rueda para hacerle más ligeros los traslados, y les animó a sembrar la Tierra, para que no les faltase alimento y les hizo la vida más sencilla. Aunque estaba prohibido acercarse a los humanos, Lupo TD descendió a conocerla y formó parte de su clan como un cazador de mamuts, y cuando murió, la congeló hasta que logró recomponerla.

Pensar que Porfirio pudiera ser parecido a Lupo TD, y que haya escrito esa historia, despierta mi imaginación y me emociona, por otro lado siento que me estoy volviendo loca, que debo borrar esa idea de mi mente; que es imposible que Absenta sea real, y yo, la mujer a la que dedicó este libro.

CAPÍTULO 7 LA CHICA DE AYER

Él está junto a mí, dice que será nuestro secreto y sale por la ventana, abro los ojos, la ventana está de par en par, me levanto y la cierro. Escucho el sonido de las llaves. El abuelo pega con los nudillos en mi puerta.

–Me voy a misa, prepárate y luego damos un paseo por el Rastro, ¿te parece bien? –me dice levantando la voz. Le contesto que sí y se marcha.

Desayuno y pongo el televisor, hay un documental sobre el universo. Un hombre con una bata blanca está sentado en una mesa de despacho, y su voz me recuerda a la de Porfirio, enfocan a su cara y es igual que la suya. Me froto los ojos, me levanto para verlo más de cerca. No hay duda, es él o su hermano gemelo. Un recuadro al pie de la pantalla dice: “Porfirio de la Fuente”, doctor en Astrofísica. Me quedo perpleja.

–Algunos científicos creen que en la próxima década se podrá confirmar la existencia de otros planetas más allá de nuestro sistema, ¿qué opinión tiene al respecto? –dice el periodista.

–Los hay, aunque aún no se haya podido confirmar, ni determinar sus órbitas. Se está avanzando en las técnicas para la investigación. Piense que en la Vía Láctea pululan cientos de millones de estrellas, solo en nuestra galaxia, y

hay billones. Si en el Sistema Solar hay nueve planetas, ¿cuántos puede haber en el universo?

–¿Se podría encontrar uno apto para la vida?

–Hay razones de peso para pensar así. Existen indicios de que Marte pudo albergar vida hace tiempo, y esto solo sin salir de nuestro vecindario. En mi opinión, debe haber numerosos planetas en condiciones idóneas para la vida. Tal vez en uno exista una realidad similar.

Me pregunto qué hace Porfirio en un programa, ¿es que es un científico?

–¿Y cabe la posibilidad de encontrar vida inteligente en uno de esos planetas? –le dice el periodista.

–Son conjeturas, pero yo diría que la cuestión sería más bien dónde podemos encontrarla.

–Respecto a los viajes en el tiempo, usted comentó en otro programa que en el futuro podrían dejar de ser solo ciencia ficción. ¿Si se pudiera viajar al pasado podríamos cambiar el futuro?

–Es aventurado hablar sobre estos viajes, pero de ser posible constituirían la solución a los problemas, podrían preverse, se rectificarían errores y los efectos provocarían un futuro diferente, mejorado. Es parecido a la revisión de una novela, se corrige y aunque la historia siga siendo la misma, resulta una nueva edición –Porfirio mira a la cámara, levanta la mano saludando y le respondo. ¡Estoy majareta!– Si me lo permite tengo una cita, ¿continuamos más tarde? –el entrevistador se marcha. Porfirio levanta un pulgar y me sonrío– Adriana, puedo verte igual que tú a mí, ¿cómo estás, guapa? –con el mando apunto a la televisión– ¡No lo apagues!, deja que te explique... El contacto visual es la primera fase, y escucharnos, la segunda, y la tercera...

–Apago la televisión –le digo apuntándole con el mando.

–¿No me vas a dar una oportunidad? Por favor, Adriana.
–Esto no está pasando, es mi mente que lo imagina...
–En la tercera fase hay un contacto físico, pero requiere de unas condiciones, y la cuarta consiste en un viaje como a Absenta; siempre que no perjudique demasiado a la salud mental de la persona.
–¿Y dónde se supone que estás, en los estudios de Prado del Rey? Esto es muy absurdo... –apago el televisor. Solo encuentro una explicación, me he vuelto loca de remate. Debería hablar con el abuelo pero querrá llevarme a un psiquiatra. Tengo ganas de llorar, recojo los platos del desayuno y él abre la puerta, corro a mi dormitorio y me arreglo en unos minutos.

En el Rastro, el abuelo me lleva a visitar un anticuario. Me explica que en este mundillo se hacen copias que parecen auténticas y que se la dan con queso al más pintado. Le digo que como distingue las falsificaciones, y responde que por detalles que solo tienen los objetos antiguos, aunque para él lo decisivo es conocer bien al anticuario, que sea una persona de tu confianza.

–Estas figuras son actuales y las han cubierto de una capa para envejecerlas. En todos sitios hay espabilados.

Se dirige al dueño del anticuario y le pregunta por su padre. El joven le dice que está enfermo, que ya viene poco por la tienda. Al salir me paro en un puesto de bisutería y él dice que me espera un poco más adelante en el de los sellos. Un colgante de un sol me recuerda al programa de televisión. ¿Estaré perdiendo la cabeza y lo veo por todas partes? Pregunto el precio. Son mil pesetas y escucho tras de mí la voz de Manolo. Paga cogiendo un billete del fajo que saca del bolsillo, y avanzo buscando a mi abuelo.

–Tómalo, ¿no te gustaba? –me dice Manolo tendiéndome el colgante.

–Dáselo a una de tus amiguitas, seguro que a muchas les encantaría.

–Y me lo agradecerían más que tú.

–¿Hasta cuándo vas a estar persiguiéndome?

–Te advierto que estoy ya un poco harto, así que no voy a esperar mucho. Te doy solo tres días para que lo pienses, vengas conmigo y volvamos a empezar.

–Manolo, abre los ojos, ¿no lo comprendes?

–¿Es que no significo nada para ti? ¿Todos los años que hemos pasado juntos los tiras como si fueran basura?

–Al principio lo soporté hasta que empezaste a...

–Pero ahora soy otro hombre, ya ni bebo.

–No insistas, no voy a volver.

Me mira por encima del hombro. –¿Me desprecias como si yo no fuese nadie, sin más explicaciones?

Mi abuelo se acerca mirándolo de arriba abajo y ladeando la boca.

–¿Usted es...?

–Su marido, me alegro de conocerle –le tiende la mano y el abuelo se queda inmóvil– ¿No va a estrechar mi mano?

–Si vuelve a acercarse a mi nieta tendrá que vérselas con la justicia.

–No me venga con amenazas. ¿Va a denunciarme porque quiero que mi mujer vuelva conmigo? ¿Sabe que me robó y puede acabar en la cárcel?

–Prefiero verla allí que con un malnacido...

–No me insulte ¿eh? –grita Manolo levantando el brazo– Seguro que le ha ido con el cuento de que abortó por mi culpa, el niño iba mal como todo lo que hace. Además no sabía que estaba preñada, hubiera gastado cuidado...

–Mire, esta conversación se acabó, vamos, niña –me da

una palmada en la espalda y me echa un brazo por los hombros, y nos vamos dejándole con la palabra en la boca. Nos sigue. El abuelo abre la puerta del portal y Manolo me agarra del brazo.

–Ni pienses que esto va a quedar así, eres mi mujer y vendrás conmigo, por las buenas o por las malas.

El abuelo me empuja hacia dentro del portal y le cierra la puerta en las narices.

–Por encima de mi cadáver que ese te deja en paz, como si tengo que contratar a alguien para que le dé un susto.

–No digas barbaridades.

–A grandes males, grandes remedios. Esos miserables, no merecen vivir, se dedican a hacer sufrir, a ti, a mí y al que les plazca. No, no lo veo tan descabellado, es tu vida o la suya.

–Pero abuelo, que no va a matarme, es solo que piensa que así conseguirá que vuelva, aunque sea absurdo. En cierto modo me quiere y lucha por mí, aunque las armas no sean correctas.

–Ese no es un hombre, es un demonio, y eso no es querer, que si se lastimaba tu abuela, yo sufría más...

En casa llama por teléfono a la policía, les explica que Manolo me está acosando y queda en que iremos a poner la denuncia. El lunes vamos a la Jefatura Superior de la Policía, nos atiende una mujer, me pide que le comente el objeto de la denuncia. Se lo explico y me asegura que le invitarán a que se aleje, y me da un número de teléfono por si me molesta de nuevo. Volvemos a casa, creo que necesito echar fuera todo lo que me está presionando. Me siento delante de la máquina de escribir y me acuerdo de mi madre, y de mi vida, y empiezo a teclear:

“Mi madre se propuso hacer de mí una chica decente y me apuntó en un colegio religioso. Durante los primeros

cursos de la Educación Básica parecía muy orgullosa por tener una hija tan aplicada hasta que en quinto curso se corrió la voz de que Adriana, la niña de trenzas, era hija de una mujer que regentaba un negocio por la noche en Atarazanas. Ese día llegué tarde al colegio porque mamá se había quedado haciendo flores hasta el amanecer y no oyó el despertador. Entré en el aula en el cambio de clase y las compañeras murmuraban en corro sin notar que yo estaba junto a la puerta. –Mi padre dijo a mi madre que un amigo suyo se lo había contado, que a saber la de bichitos que Adriana tendrá, no quieren que me junte con ella –dijo Puri. Las saludé y se quedaron mirándome de arriba abajo como si el bicho fuera yo. A partir de ese día, Puri, y las demás rehuían de mí en los recreos y cuchicheaban a mi paso. Falté al colegio a pesar de la insistencia de mi madre en lo necesario que era para mi futuro no perder clase y me inventaba dolores de cabeza, muelas u oídos, con la esperanza de que se apiadase de mí y me dejara en nuestro piso.

Una tarde al salir de clase, Puri y sus compinches estaban en el kiosco, y me hizo un ademán con la mano para que me acercara. Crucé la calle pensando que quería hacer las paces y la saludé sonriendo como si los últimos días no hubieran existido. Puri apretó su cola de caballo y señaló al grupo de madres que entraban en el colegio. –Van a entregarle a la hermana Josefa una hoja de firmas para que te echen porque tienes gérmenes –dijo dando un paso atrás. Llegué a casa llena de rabia. Mi madre hacía flores junto al balcón abierto de par en par. La luz de la tarde surcaba un halo en la cabeza que creí que se trataba del resplandor que me contaron las monjas que irradiaban los santos. Me acerqué a darle un beso y ella me sonrió pensativa.

–Un modisto famoso en Málaga me ha encargado cien flores para un vestido de novia, me quedaré hasta tarde para terminarlas y entregarlas mañana. Si le gustan me va a contratar, pero para mí esto no es un trabajo, sino un disfrute. Reina, a tu edad yo soñaba con casarme y tener hijos, formar una familia, pero me enamoré de tu padre y me pidió que me fuera con él. Cuando nos conocimos, yo vivía en Madrid con mis padres, ellos eran muy chapados a la antigua y eso de que no me casara no les gustó. Tu abuelo me dijo que si me marchaba, me olvidase de que tenía una familia. No me despedí de él, ni de mi madre, recogí un poco de ropa en un bolso y me escapé. Tu abuelo aún vive en Madrid...

–¿Tengo un abuelo? ¿Y por qué no vamos a verle?

–Él aún cree que sigo con tu padre. Siempre me he planteado que algún día tendría que contarle la verdad pero no me atrevo.

Llorando cogió de un mueble unas fotos amarillentas. En una había un hombre vestido de militar y dijo que era mi padre. Luego le dio un beso a otra foto en la que estaba ella de niña junto a un señor calvo.

–Es tu abuelo, una buena persona aunque no lo sabe –se secó las lágrimas– No tenía previsto contarte estas cosas hoy, nunca tengo nada previsto...

Le dije que no se preocupase, que podíamos ir a Madrid en cualquier momento, que él seguro que querría verla. Ella sonrió.

–Algún día, ¿vale? Dime, ¿te fue bien en el colegio?

Me colocó las trenzas sobre los hombros y me clavó una mirada de las que parecían leer los pensamientos. Negué con la cabeza y no me salían las palabras. Pero ella me insistió para que se lo contase.

–No quiero volver nunca más.

–Si este curso estabas ilusionada, reina. ¡No me digas que no te gusta estudiar con las notas que me sacas! Si lo dejas ahora, el día de mañana no serás nadie.

Por las mañanas en lugar de ir al colegio, me iba al parque y dejé de comer. Mi madre al verme cada vez más débil me llevó al médico, tenía anemia. Al llegar a casa le prometí que comería si no me llevaba más al colegio. La convencí. A los dieciséis años me casó con Manolo, el hijo de nuestro casero, que por su edad podría ser mi padre. Le protesté mucho porque él siempre me miraba de reojo y a mí eso me producía escalofríos, pero mi madre me aseguró que con el tiempo le tomaría cariño, que ella no viviría para siempre y que con él no me faltaría de nada. Manolo procedía de una familia venida a menos, pero su fuente de ingresos, incluyendo el alquiler de mi madre, provenía de las rentas de varios pisos, y eso le bastaba para pasar por un hombre adinerado. El día que cumplí los 18 me abrió una cuenta en el banco, me dijo que a pesar de que era un hombre que a veces perdía los nervios, también tenía un corazón y que me quería de verdad. Me ingresó cien mil pesetas, cantidad que fue aumentado. La última noche que pasé bajo aquel techo de madera carcomida me acababa de hacer una prueba de embarazo y dio positivo. Escribí en mi diario que me iría de la casa antes de que naciera. Manolo llegó borracho como era habitual y lo leyó. –¿Adónde vas a irte, a casa de tu madre? Inténtalo y vais las dos a la calle –me cogió del pelo y me lanzó contra la vitrina. El cristal de la puerta se rompió y me hice un corte en el vientre. Al ver la sangre me llevó a prisa a la clínica. En el coche me advirtió que no se me ocurriera contar a los médicos nada sobre el accidente. El ginecólogo de urgencia dijo que el corazón del niño no latía y le preguntó a Manolo sobre lo

que había ocurrido. –Esta mujer es que no gasta ningún cuidado, se ha subido a una escalera a limpiar la lámpara y se cayó-. Lloré por la tensión acumulada más que por ese hijo al que aún no me había dado tiempo a tomarle cariño. –Eres aún muy joven, en un par de meses podrás quedarte otra vez embarazada. Te practicaré un legrado y en dos días si todo va bien, podrás volver a casa-.

Volver a mi casa, ni en sueños. Y comencé a planear mi huida; le pedí a Manolo que si mi madre llamaba, que no le dijera que estaba en la clínica, pues no quería hacerla sufrir. Los días que estuve ingresada me hice la promesa de que no volvería con Manolo, y horas antes de que me dieran el alta, me escapé. Necesitaba irme lo más lejos que pudiera y decidí marcharme a Madrid. Fui al banco, me costó convencer al cajero para que me diese todo lo que había en mi cuenta, dijo que había que pedirlo con más tiempo de antelación, pero le supliqué y accedió. Sentí que las rejas de mi celda se quebraban como los cristales de la vitrina y fui corriendo hasta la estación de autobuses. Llamé a mi madre desde una cabina, me inventé que me había enamorado y que nos marchábamos a América. Ella dijo: “Bendita la rama que al árbol sale, pero, ¿él es bueno? Prométeme que vas a cuidarte, reina, y si tampoco te va bien con ese chico, aquí tienes a tu madre. Lo siento por Manolo, hay que ver, hija, con lo bueno que era.” No le confesé las muchas palizas que me había propinado ni que, de no ser por su brutalidad, le hubiese hecho abuela. Llegué a Madrid sin equipaje y me instalé en una pensión. Cuando llamé por teléfono a mi madre, me contó que Manolo había ido borracho al piso preguntando por mí.

–Nunca imaginé que ese hombre pudiera ser tan granuja, pero bueno, ¿tú estás contenta, verdad hija? Pues que

tengas buen viaje y no olvides llamarme cuando llegues a América.

Volví a telefonar días más tarde, me contestó una mujer con una voz que no reconocí y dijo que mi madre había muerto tras caer por el balcón el 3 de noviembre y que Manolo me había denunciado por apropiación indebida. –...Pero yo no he hablado contigo ni se te ocurra aparecer por aquí –y colgó el teléfono. Prometí que tarde o temprano, acabaría con él. Busqué a mi abuelo, pregunté en los anticuarios de Madrid, pero en ninguno había nadie que tuviera su nombre. Llamé a los números de la guía telefónica en los que aparecía su apellido sin obtener resultados. Pasé días sin probar alimento y sin ganas de vivir. Y una tarde, pensando que el abuelo habría muerto, me senté abatida en un banco del Retiro. Un hombre de avanzada edad se detuvo frente a mí, rascándose la calva se acercó con los ojos muy abiertos.

–Perdona, es que eres igual que mi hija a la que no veo desde hace más de veinte años.

–¿Es usted Jaime Paz, el del anticuario?

–El mismo, ¿eres un ángel, cómo lo sabes, estuviste allí? Justo antes de desmayarme le dije: –Porque soy tu nieta.

8 TE QUIERO

Me levanto de la cama con ganas de comerme el mundo. ¡Al fin llegó el miércoles! La sombra de Manolo no me estropeará el día, con un poco de suerte ya se habrá ido. Estoy deseando que sea por la tarde, cuento las horas y los minutos que faltan para el taller. Durante el desayuno digo al abuelo que llevaré el currículum al supermercado. Él hace una mueca de desaprobación.

–¿No puedes dejar eso para otro día?

–Cuanto antes lo entregue mejor, a ver si me llaman.

–¿No quieres que te acompañe? –le digo que no– Pues ten cuidado... Si quieres tráete un poco de fruta.

Entrego el currículum al jefe de personal y me entrevista, dice que es posible que me llamen pronto. Mi corazón da botes de alegría. Compro las fresas y al salir, veo en la entrada a Manolo fumando un cigarro. Sigo adelante, me tiemblan las rodillas, siento que me aprietan un hombro y me detiene.

–¿Lo has pensado ya? ¿Cuál es tu respuesta?

–Ya te lo dije.

–¿Para qué metes en nuestras cosas a la policía?

–Para que me dejes en paz –avanzo más rápido que él y

vuelve a cogermelo del hombro con más fuerza.

—Nadie va a impedir que estés donde tienes que estar. ¿Te enteras?

—Y según tú, ¿dónde tengo que estar?

—Con tu madre, en el infierno.

Siento su mirada de reojo. Veo un teléfono público, saco del bolso el número de la policía. Me mira fijamente con los párpados entreabiertos y se da media vuelta. Marco el número y le explico a una mujer policía lo que me ocurre. Me dice que en seguida mandarán una pareja para la zona. Salgo de la cabina, veo que se aleja muy rápido.

En el portal de casa hay dos policías, uno de ellos es una mujer. Les pregunto si han venido por mi llamada y me dicen que Manolo tenía otras denuncias por agresiones pero que las retiraron. Intento reponerme en el ascensor. Le comento al abuelo que a lo mejor me llaman para trabajar en el supermercado. Se pone tan contento que no quiero amargarle con lo que me ha ocurrido con Manolo.

Llego a las seis y media al taller, Javi está poniendo una cadena a su bicicleta en el portal, y me comenta que el tráfico en Madrid cada día va peor. Subimos a la primera planta. Lucía, el profesor de literatura jubilado y la mujer embarazada, esperan delante de la puerta. Libertad llega efusiva lanzando besos con ambas manos. Saca las llaves del bolso y nos las muestra haciéndolas sonar.

—Compis, mi padre viene ya, ¿lo esperamos dentro? — abre la puerta y nos invita a pasar al aula, deja un portafolio sobre la mesa delante del sillón de su padre, y nos sentamos en los mismos sitios de la primera clase, yo a un lado del sillón de Porfirio y ella, frente a mí. Lucía saca una botella de su bolso y la pone sobre la mesa.

—¿La abrimos cuando llegue el “profe”?

–Qué grande eres –comenta Javi cogiendo la botella.
–Uhm...¿Le añadido algo para mejorarla?
–¿Ya no te acuerdas de lo mal que le sentó a Adriana? –y mirándome se tapa la boca– Perdona, tenía que habértelo contado, en Absenta te cambié la copa.
–¿En serio? ¿Y qué me bebí?
–¿Por qué lo hiciste? –dice Javi.
–Creí que me obligarías a tomarla, estabas muy pesado.
El más jovencito del grupo entra en el aula, nos saluda, y detrás llega Porfirio con una camiseta naranja del mismo tono que mi jersey. Aunque sonríe, parece cansado, está pálido y con ojeras. –No puedes imaginar a la velocidad que he venido, pero no pude llegar antes. Si quieres luego te quedas un ratito y hablamos. ¿Estás bien? –me dice y deja la boca abierta esperando que le responda. Contesto que sí– Perdona el retraso...
–Perdóname tú por estropearle la presentación y causarte tantas molestias.
–El viernes presentamos el libro, Adriana tomó un poco de Absenta y le sentó mal, ¿verdad? –dice a todos y me sonríe.
–La culpa la tuvo este con sus polvos mágicos –comenta Lucía mirando a su amigo.
–¡No puede ser! Esto no puede volver a ocurrir –advierte Porfirio a Javi– En mi escuela no voy a consentir que pasen esas cosas.
–Él no tuvo toda la culpa, cambié la copa a Adriana–dice Lucía guardando la botella en su bolso.
–Después de clase me gustaría hablar con los dos si no os importa –saca un libro del portafolios que luego cierra de un golpe– Para los que no estuvisteis allí os recomiendo que le echéis un vistazo a este libro porque hay relatos de calidad, así podéis ver hacia donde apuntamos en este

taller. Lo importante para que un relato funcione es que tenga credibilidad, aunque cuente que “cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí” –y hace una pausa y me mira muy fijo arqueando las cejas– No por contar un hecho que ocurra en la realidad tiene que ser creíble. Una vez leí en el periódico que un hombre murió porque una mierda le cayó en la cabeza –nos reímos– Aunque sea verídico, si yo hiciera un relato sobre eso, nadie lo creería. Sin embargo, En *Cien Años de Soledad*, García Márquez dice que el padre Nicanor levita, y lo imagino elevándose del suelo unos centímetros porque la historia funciona. Si yo tuviera solo una vida este sería uno de los libros que leería... Para dar credibilidad al relato también tiene mucho que ver quien lo cuente.

Porfirio explica tipos de narrador, en primera y tercera persona, el cámara y el omnisciente, y nos lee ejemplos. Libertad escucha a su padre atenta y la miro buscando la membrana de sus ojos, no parpadea ni un instante. Es la primera en leer el relato que ha escrito para hoy. Trata de una niña que regala a su madre una rosa carmesí y me recuerda el ramo de flores que me enviaron y que se volcó sobre la mesa.

–Esto es verídico –dice Libertad– Le regalé a mi madre una rosa el día que me contó que al darme a luz estuvo al borde de la muerte.

–Libertad, el narrador aporta credibilidad a tu historia. ¿Quién quiere leer ahora el suyo? –dice Porfirio.

Javi levanta la mano.

–He escrito un texto, pero no es un relato.

–Adelante –le invita Porfirio.

Javi coge un folio lleno de borrones, escrito a mano y lee: “Ella descubrió que en el sótano había cucarachas, le dije que iría al pueblo a comprar un fumigador. Ella se sentó

en mis piernas, me rodeó el cuello con su brazo pegando su nariz a mi frente y dijo que no se arrepentía de haberse venido a vivir conmigo. Me callé lo mucho que me gusta cada vez que me lanza un beso con el dedo. Soy un cobarde, tendría que decirle te quiero.”

–Yo también soy un cobarde –dice Porfirio y pide a Javi que le pase el folio. Le echa un vistazo, subraya una frase y tacha algunas palabras. Los demás hablan entre ellos y levantando la cabeza se vuelve hacia mí, me mira muy fijo y lee: “Tendría que decirle te quiero”. Y alzando los párpados, me mira de frente. Un estremecimiento me recorre de los pies a la cabeza.

–¿Has escrito algo, Adriana? – me pregunta.

–Sí, aunque no está bien...

–A veces cuando menos nos gusta, resulta que es mejor. Empiezo a leerlo pero me pongo nerviosa, tengo ganas de llorar.

–¿Quieres que lo lea yo? Déjame ver –se lo paso y lo lee con una voz serena, es una caricia para los oídos. Me mira asintiendo– Está bien. Los escritores se inspiran en su vida, así comenzaron muchos. La vida es una fuente inagotable de experiencias, al escribir sobre hechos reales los lectores se identifican y les gusta. ¿Quién quiere leer ahora?

Lucía levanta la mano, su texto se llama “Despierta” y trata de una mujer que oye en la radio-despertador la noticia de que la NASA ha logrado descifrar un mensaje recibido del espacio exterior: “Procedemos de un planeta que orbita alrededor de una enana marrón que es la compañera del sol en un sistema binario. No estáis solos, os estamos observando”.

Porfirio pregunta que si le gusta la ciencia-ficción y ella contesta que sí. Propone que escribamos un texto para el

próximo día que el protagonista sea un extraterrestre. Observo a Porfirio, me pregunto si lo del viaje a Absenta fue una alucinación. Creo que debí perder la consciencia y tuve un sueño, pero, ¿y en el programa? Es probable que todo fuera producto de los efectos de lo que bebí y lo que tengo que hacer es poner los pies en el suelo y olvidarme para siempre de esas alucinaciones.

–Quiero que lo escribáis en primera persona y procurad que los diálogos resulten frescos. Ha sido un placer –me sonrío– Tengo que hablar con Javi y Lucía, ¿me esperas un momento fuera y luego nos vamos a tomar algo?

Los demás se van, Libertad se despide de su padre, dice que ha quedado con unas amigas. Me siento en el banco de la entrada a esperarle. Al rato salen Javi y Lucía, me dan un par de besos para despedirse y me comentan que ya no van a volver. Porfirio sale muy erguido.

–Los he invitado a irse, no puedo permitir que vuelva a suceder nada parecido, si no, este taller se va al traste, está en juego el prestigio de todo y no lo voy a arriesgar.

–¿No has salido en un programa de televisión, verdad?

–Yo, no, ¿por qué lo preguntas?

–No por nada, tonterías mías.

–¿Viste en un programa a alguien que se me parezca?

Nadie se parece a Porfirio, pero todo me lo recuerda a él, un color, un gesto, una frase que oigo por la calle... Aunque le digo que no con la cabeza.

–Será que me estoy volviendo loca –le digo y pienso que debería haber dicho “muy loca”.

–¿No tienes apetito? Yo estoy hambriento. Podríamos ir a cenar a algún mesón. ¿Qué te parece?

–Genial.

–¿Te gusta la cocina gallega?

Le respondo que me encanta.

Vamos a cenar a uno acogedor. Pide pulpo, empanada y gambas cocidas, y una botella de Ribeiro blanco. No deja de charlar sobre el taller y la gente de otros grupos, de sus intenciones de ampliar cursos, y de sus proyectos.

–Aún no sé en qué trabajas –le pregunto.

–Soy ingeniero de telecomunicaciones, trabajo para el metro de Madrid.

–¿Y te gusta?

Él asiente con la cabeza.

–Tengo un horario muy flexible, puedo trabajar desde mi casa y lo pagan bien. No me puedo quejar.

–Es posible que comience a trabajar en un supermercado.

–A lo mejor un día de estos me dirás que te marchas, que dejas el taller –me mira fijamente a los ojos y me acaricia una mano– Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto.

–Yo nunca me he sentido así con nadie. Es que me tratas muy bien...

–¡No voy a tratarte a patadas! –paga la cuenta– ¿Dónde te apetece que vayamos?

–¿Me invitas a una Absenta?

–Te recuerdo que la otra noche no te sentó bien. Pero bueno, si eso es lo que quieres...

En el pub, pedimos dos Absentas y nos sentamos en el fondo. Le pregunto si alguna vez estuvo casado, niega con la cabeza.

–¿Entonces la madre de Libertad no era tu mujer?

–Tuvimos una relación pero ya no está conmigo.

–¿La querías?

–Mucho.

–Perdona si soy indiscreta, pero, ¿por qué terminásteis?

–Tenía su vida y yo, la mía. Pertenecíamos a dos mundos diferentes. Háblame de tu marido –le explico la situación

y asiente— Estás siendo perseguida.

—Sí, y no sé hasta cuándo... —tomo un sorbo largo de Absenta, empiezo a sentir mareos y oigo un zumbido.

—Vamos, te llevaré a casa.

—¿A mi casa?

Me coge de la mano. Nos dirigimos hacia el final del pasillo, mete una llave en la misma rendija del otro día y se vuelven a abrir las puertas automáticas. De nuevo la escalera y el transbordador. Porfirio parece relajado con una sonrisa de oreja a oreja. Una nube nos envuelve.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Puedo?

—Sí, pregúntame lo que quieras —me dice.

—Siento que tú no eres como los demás...

—¿Debo tomarlo como un halago?

—No es eso exactamente, es que quiero saber de ti, cómo eres, lo que sientes.

—¿Respecto a qué?

—Si eres un hombre normal.

—Te quiero, ¿es eso lo que querías saber?

Asiento.

—Y yo, a ti.

9 LA FUERZA DEL DESTINO

El sol continúa en el mismo sitio, cerca del horizonte del cielo verde de Absenta. Porfirio me acaricia un brazo y sonrío.

–Absenta rota como una noria dando siempre la misma cara a su sol; Ciudad de Paz se sitúa en una zona entre la iluminada y la oscura, por eso vivimos en un continuo amanecer.

El transbordador sube despacio en vertical frente a un edificio, nuestra imagen se refleja en los espejos de la fachada, se acopla a uno y se abre como un ascensor. Entramos en una amplia sala sin muebles, en el centro hay una chimenea circular encendida, el suelo parece de goma blanca, al caminar es muy blando y mullido.

–Bienvenida a mi casa... ¿Te apetece un refresco?

–Sí, gracias, tengo la boca seca –estoy impresionada por las vistas que hay desde cualquier sitio de la sala– ¿Las paredes son de cristal?

–No, es un material que nos permite ver el exterior pero por fuera reflejan la luz.

En un pequeño montacargas desciende una bandeja con dos copas y unos canapés de colores vivos.

—¿Lo tenías preparado? —pregunto, niega con la cabeza.

—Con desearlo, la mente envía la orden a la máquina, y lo prepara en milésimas de segundo —me ofrece una copa, nos sentamos junto a la chimenea, el suelo se amolda a nuestra forma y brindamos por el presente. Lo pruebo, sabe a champán y el canapé, a fresas muy dulces.

—Entonces, ¿aquí no tenéis que cocinar?

—Lo hacen las máquinas, el proceso está informatizado por medio de un sistema autónomo. Pero si te apetece cocinar también puedes. Los alimentos se fabrican a partir de un código basado en los átomos que componen los productos naturales.

—¡Fabuloso! ¿Y por qué no lo implantas en la Tierra?

—No debemos inmiscuirnos.

—Pero tú eres de la Tierra, un ser humano, ¿como yo?

—En la Tierra hay dos facciones que no son humanas: La más antigua es la de los absantes, descienden de los anfibios, son parecidos a los hombres; emigraron cuando se hundió la Atlántida pero la visitan a menudo. De ellos proceden el arte, la música, la escritura, las matemáticas, y su símbolo es la pirámide. La otra facción procede de una evolución posterior, se llaman draconianos, viven en el subsuelo. Son reptiloides aunque os sugestionan para que los veais como iguales, vibran a baja frecuencia y se nutren de energías negativas como el miedo, y de ratas; promueven guerras e inventaron el dinero, su símbolo es la serpiente. Como te dije, nací en la Tierra, pero yo soy absante.

—¿Quieres decir que no eres humano? ¿Entonces qué...?

Porfirio fija su mirada en mis ojos, siento que es cálida y profunda, y me atrae con una fuerza que pienso es amor.

—¿Tú qué crees que soy?

—¿Superman?

Porfirio se ríe a carcajadas, me acarica un hombro y con suavidad tira para tumbarme junto a él.

–No me considero un superhombre, soy diferente, aunque parecido al ser humano, salvo por un par de mutaciones.

–¿Eso es verdad?

–Aquí no te miento, Adriana.

–¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

–No sé si hubieras admitido que un ser como yo entrase en tu vida, no quise asustarte.

–¿Entonces, me enviaste tú el ramo de rosas? –y asiente mordiéndose el labio– Pues eres un actor estupendo, debían darte un Oscar.

–El maestro del taller es un personaje que yo mismo me he inventado, pero aquí no actúo.

–Si no mientes, me gustaría hacerte algunas preguntas.

–Adelante, dispara.

–¿Qué piensas hacer conmigo? Si me has traído hasta aquí será por algo, ¿no?

–Quiero ayudarte, y no pienses que quiero beneficarme de ti, solo quiero ser tu amigo.

–¿Solo mi amigo? Pero dijiste que me quieres.

–Y es verdad, pero no quiero que te compliques la vida por mí.

–Si te gusto y me gustas, ¿qué problema hay?

–Es imprescindible para que pueda ayudarte que confíes en mí.

–Confío en ti, y me encantaría que me besaras.

Me acerco a él y pego mis labios a los suyos, le beso y él cierra la boca, insisto, pero no se inmuta. Me siento triste y me da la mano, su calor traspasa mi piel y aunque no lo entiendo percibo que lo hace por mí.

–Lo siento, pero no estás acostumbrada a esta realidad, hay que ir despacio, si no, cabe la posibilidad de que no

quieras volver a verme. Así, siempre me tendrás como amigo.

—¿Y si en lugar de llegar yo al taller hubiera llegado otra? ¿Estaría ella aquí?

—Las cosas no funcionan de ese modo, todo está previsto...

—¿Y mi libertad? Porque pude decidir no asistir al taller.

—...O haberte borrado en la primera clase; cualquier día me dirás que te vas.

—Nunca te dejaré, Porfirio —me tumbo bocarriba y veo el cielo verde a través de una enorme ventana que ocupa todo el techo.

—Esa ventana es como una televisión, ahí puedes ver lo que sucede en la Vía Láctea —ladea la cabeza y en la pantalla aparecen imágenes del sistema solar, me sonrío, me acerca otro canapé, sabe a marisco— ¿Te apetece ver qué ocurre en la Tierra en este momento? ¿O prefieres un hecho del pasado?

—¿Se puede ver el pasado?

—Y las probabilidades de futuro, pero se puede cambiar.

—¿Podéis ver la Historia? —asiente— Entonces, ¿nos tenéis controlados?

—Respetamos vuestras decisiones, y no nos inmiscuimos, no os causamos ningún daño, excepto para defendernos. Tampoco os dominamos, solo sugerimos, no imponemos nuestra voluntad a nadie.

—Háblame del futuro, ¿sabes qué pasará en la Tierra en el siglo XXI?

—El secreto 3666. Los draconianos lo conocen y tratan de ocultarlo, juegan al pastor mentiroso, así cuando llegue el momento, nadie lo creerá.

—Me tienes en ascuas. ¿qué es lo que nos ocultan?

—Ya te lo diré Adriana, ahora no puedo.

–¿Y tú como sabes tantas cosas?

–La mente puede conectarse a la biblioteca universal, en la que todo está registrado como en una enciclopedia. Se hace tarde...

–Pero aquí no existe el tiempo...

–Una vez lo hubo...

–¿Desde cuándo no hay tiempo?

–Hace millones de años de la Tierra.

–¡Pero entonces aún no existía el hombre!

–Tenemos más cosas en común con vosotros que con mis antepasados; las evoluciones de tu raza y la mía, nos han acercado, solo os llevamos unos millones de años de ventaja de desarrollo. ¿Te molesta que no sea como tú?

–Me siento en la gloria, seas lo que seas, creo que he tenido una gran suerte con haberte conocido –clava un codo en el suelo y apoya una mejilla en una mano, me mira fijamente a los ojos.

–Te tengo en mi cabeza, de una forma que ni te imaginas, eres como una obsesión, pienso en ti a cada instante. La primera vez que te vi fue aquí... –me besa en la frente, señala el centro de la sala y me dice que no me asuste que vamos a ver una televisión tridimensional. Un punto de luz va aumentando de tamaño hasta ocupar casi todo el espacio. La cámara enfoca los pasillos de una clínica y entra en una habitación. Un hombre esbelto, vestido de militar americano, mece a un bebé, y en la cama hay una joven que se parece a mi madre, está llorando. El hombre deja al bebé en la cuna y se sienta en la cama al lado de ella, y le acaricia las manos. Estoy muy emocionada. El hombre dice que cuando vuelva de Vietnam se casarán. Mi madre llora. Y yo también.

–Ahí, tienes a tus padres, y a ti, el 30 de enero de 1968, el día que naciste.

–Creí que nunca conocería a mi padre, es increíble.
Nunca volvió del Vietnam... Y mi madre, pobrecita...
Porfirio cierra los ojos y se apaga la imagen.

11 EL FUTURO

Estoy en mi habitación. No recuerdo como llegué, ni sé si lo de anoche fue un sueño o sucedió de verdad. Me duele la cabeza y siento mareos. Llaman al timbre. Me levanto y voy a abrir. Es Mara y lleva una maleta.

–Perdona que no te haya avisado antes pero...

–¡Vienes a vivir con nosotros! –asiente sonriendo– ¡Qué alegría! ¡Entra!

Me explica que ha discutido con su casera esta mañana y que ya no aguanta más, que le hace la vida imposible, entra en su habitación cuando le parece sin permiso y para colmo quería subirle el precio.

–Te puedes quedar todo lo que quieras.

–Solo hasta que encuentre otra, no quiero molestaros.

El abuelo llega, trae el pan y el periódico. Se alegra de que Mara se quede con nosotros y me pregunta que a qué hora llegué, que no me escuchó abrir la puerta. Le contesto que sería tarde y dice que Mara y yo charlemos de nuestras cosas mientras él nos prepara el desayuno. Mara me guiña un ojo tirándome de la manga.

–¿Y hubo tema o no hubo tema anoche?

–Calla, que no tengo ni idea de cómo llegué aquí. No me acuerdo...

–Lo tuyo es grave, ¿otra vez Absenta?

–Pero solo tomé una copa, bueno y Ribeiro...

–Ten cuidado, a ver si entre copa y copa... –menea la cabeza tocándose el vientre y me asusto pensando que pudiera tener un hijo absante. ¡Qué pensamientos más extraños se me ocurren! Pero lo más probable es que todo fuera una alucinación y decido que no vuelvo a tomar Absenta en la vida, aunque me agobia no saber qué pasó ni cómo llegué a casa. Mara deshace la maleta y guarda la ropa en el armario. Saca una piedra de amatista de color púrpura intenso y me habla de sus cualidades.

Desayunamos, el abuelo nos comenta que se va a visitar a un amigo que está enfermo y mi amiga se encierra en la habitación para estudiar un papel que tiene que saberse el lunes y que todavía no ha empezado. Recojo los platos del desayuno y la televisión se enciende. Me sobresalto. Es un programa del universo, me recuerda a las imágenes que vi anoche del sol y los planetas, y escucho la voz de Porfirio:–Adriana, no te asustes voy a informarte de algo importante.

–No lo puedo creer...

–Créelo porque esta vez es verdad. Siéntate y escucha.

–De acuerdo.

–Buena chica... Mira esta imagen...

En la pantalla aparece el dibujo de un sol amarillo y los nueve planetas con sus órbitas cada una de distinto color y tras Plutón, un anillo verde que rodea el Sistema Solar, en el que está escrito: Cinturón de Kuiper, 30 a 100 UA.

–¿Qué es el cinturón de Kuiper?

–Es un espacio en el que hay multitud de cometas y otros cuerpos celestes que están entre 30 y 100 veces más

alejados del sol que la Tierra. Este es el sistema que tú conoces pero está incompleto, en realidad faltan algunos detalles. Una enana café que forma un sistema binario con el sol, y un planeta que orbita alrededor de las dos, al que llamaremos Planeta X –se dibujan en la pantalla.

–Muy interesante, pero no sé por qué me cuentas esto.

–El Planeta X, que produce el Acantilado de Kuiper, una zona en la que decrece de forma considerable el número de meteoros, y perturba la órbitas de Urano y Neptuno; va a dar problemas.

–Pero está muy lejos, ¿qué tiene que ver con nosotros?

–Va a afectar al Sistema Solar y a la Tierra.

–¿Quieres decir que la Tierra está en peligro?

–¿Te acuerdas del secreto que te comenté?

–¿El 3666?

–Exacto. Pues te voy a hablar de él, para que lo conozcas, pero debes guardarlo en secreto. Puedes apuntarlo –cojo un bolígrafo y un cuaderno–¿Preparada?

–Sí, adelante.

–La Tierra es como una embarazada a la que le llega la hora del parto y dará a luz a una nueva civilización. A medida que se aproxime el planeta X, el momento del alumbramiento se acercará, y las contracciones serán más fuertes. De esto están informados los que controlan el poder, los draconianos, pero os mantienen al margen, en la ignorancia sobre este asunto. No les importa lo que os pueda ocurrir en la superficie, mientras están protegidos en sus refugios subterráneos. Nada hay en la red de información si ellos no quieren, por eso muchas verdades han de comunicarse encriptadas para que no la anulen y lleguen a vosotros. Si está en forma de novela, relato, cuento o parábola, no lo perciben como un peligro, piensan que nadie los tomará en serio. Se encargan de

desinformaros; publican anuncios del fin del mundo que dan risa a cualquiera con un mínimo de inteligencia, han creado una animadversión generalizada hacia este tema. Así que no puedes arriesgarte a ir por ahí contando estas cosas pues no serviría de nada, lo más probable es que te encierren en un psiquiátrico si tu información les parece una amenaza. Saben como hacer para desacreditar y lo han hecho muchas veces en el pasado. Solo os permiten religiones porque no las consideran peligrosas, pero cualquiera que piense por sí mismo podrá comprobar que es científico lo que te voy a contar. Cada 3666 años, los ejes magnéticos de la Tierra cambian; la última vez ocurrió en el siglo XVI a. C., existen análisis del hielo de glaciares que lo corroboran, hubo una actividad sísmica inusual, este dato está recogido en el tronco de árboles antiguos, y se hundió el volcán de la isla de Santorini, el Tera, entre los años 1639 y 1616, la época de las plagas de Egipto, en que se extinguieron los últimos mamuts. No quiero que te alarmes, existe un protocolo preparado para acudir en vuestra ayuda en cuanto estas cosas comiencen a suceder. No estáis solos en el universo, hay incontables mundos habitados, unos con civilizaciones más avanzadas y otros en vías de desarrollarla, así como hay personas jóvenes, ancianos y recién nacidos, hay edades en las civilizaciones, y eso no las hace mejores ni peores. Se tiende a pensar que las cosas siempre seguirán igual, como de costumbre, y en el fondo es verdad, lo que ocurre es que ese siempre se refiere a una etapa de 3.666 años, que se repite. El planeta X entrará en la fase de acercamiento, a medida que avance provocará desorden a su paso, cambios en el clima, cruce de cometas y lluvia de meteoritos, algunos pueden pasar cerca de la Tierra, incluso impactar. Es la primera fase del parto.

—¿Quieres decir que va a entrar en nuestro sistema solar un planeta que viene de una estrella gemela del sol y va a destruir la Tierra?

—Adriana, el Planeta X no chocará con la Tierra, pero a su paso removerá cometas y meteoritos de sus órbitas y cabe la posibilidad de que alguno o algunos entren en colisión con la Tierra. Su órbita cruzará la eclíptica, en oposición a las de planetas, y el cinturón de asteroides se verá afectado por su magnetismo. Aún no se conocen con exactitud los efectos que causará, cada vez ha sido diferente, pero la civilización sucumbirá y dará lugar a otra. Pero no temas, la humanidad sobrevivió otras veces y también lo hará ahora.

—¿Podréis encontrar una solución para evitar que ocurra un desastre?

—Podemos minimizar los daños, pero en cualquier caso un planeta de grandes dimensiones va a trastocar el orden del sistema solar. Como las contracciones en un parto, los seísmos, las erupciones, las anomalías del clima, el oleaje, y la conmoción de la Tierra, irán en aumento en frecuencia e intensidad al aproximarse la hora.

—¿Qué pensáis hacer?

—Hay dos opciones, la de aquellos a los que les importáis un rábano y prefieren que sigáis en la ignorancia sobre lo que se avecina, que no moverán un dedo por vosotros; y la otra es la que os proponemos nosotros, un plan que hemos puesto en marcha, que incluye para el peor de los casos, la evacuación. Pero esto solo será posible antes de que comiencen los fuegos artificiales, y la segunda fase del parto.

—¿Y cuándo ocurrirá?

El día y la hora del alumbramiento nadie lo conoce con exactitud aunque según los cálculos será en la primera

parte del siglo XXI, probablemente en unos 30 ó 40 años, alrededor del 2027.

La pantalla se apaga y me quedo inmóvil. Mara abre la puerta y me pregunta que si hablaba por teléfono. Le digo que no. Se sienta a mi lado.

–Estás muy seria, ¿de qué escribes?

–No me gusta, voy a romperlo.

–Déjame verlo, y te doy mi opinión.

–No, Mara, es muy triste y...

Me quita el cuaderno y lo lee, levanta las cejas y me mira asustada.

–Esto se parece a lo que hablan algunos sobre el fin del mundo. Mi abuela dice que ya ocurrió otras veces y que el próximo será por el fuego, que llegará como ladrón en la noche. ¿Te lo has inventado o lo has leído?

–Lo he inventado pero no creo en estas cosas, no sé para qué las escribo –arranco la hoja de la libreta, la rompo y la tiro a la basura. Algún día tendré que decirle que me he vuelto loca.

11. SABOR DE AMOR

Llevo un niño en los brazos y veo una luz en el cielo, un sol muy grande y un resplandor de un OVNI. Sigo el rastro, desciende y aterriza en una explanada próxima. Unos chicos salen de la nave y se bañan en un lago. Una joven se acerca, dice que vienen del 2027, que están de viaje de estudios. Le pido que me cuente cosas de su tiempo, y abro lo ojos.

Suena el teléfono. Me pregunto si será Porfirio, salto de la cama nerviosa. Voy corriendo a contestar. La voz me resulta conocida.

–Buenos días, soy Paco Ximes. Adriana... Al final hemos decidido hacerte un contrato a prueba por un año, trabajarías en turno partido de 10 a 2 y de 5 a 9, de lunes a sábado. Si estás de acuerdo, empezarás mañana, pero veinte media hora antes a firmar y a recoger el uniforme, ¿vale? Una compañera estará contigo para orientarte.

–Ok. Mañana estaré allí a las nueve y media.

Le doy las gracias y cuelgo. Estoy eufórica. Se lo explico al abuelo y a Mara. Caigo en la cuenta de que el horario no es compatible con la clase del taller. Mara me felicita y el abuelo me da la enhorabuena.

–Me alegro, niña, seguro que te va a ir fenómeno. ¿Pero no pareces contenta? –me dice.

–Sí, solo que no podré asistir al curso de escritura. ¿Y si

me contratasen a media jornada?

–No creo que les interese –me dice Mara.

Tengo que hablar con Porfirio. Busco el periódico donde vimos el anuncio de Absenta. Encuentro el ejemplar del dos de mayo, señalo el número. Los nervios me producen ardores, respiro hondo, y llamo. No contesta. Insisto. Al fin responde.

–Hola, Adriana.

–¿Cómo sabes que soy yo?

–Tengo grabado el número, cómo estás.

–Mañana empiezo a trabajar, pero hay un problema...

–No podrás venir a clase.

–Eso, me coincide el horario...

–Pues lo siento, pero me alegro por ti. Enhorabuena.

–Es una lástima...

–No te preocupes, si organizamos alguna actividad, te avisaré, seguimos en contacto, y si más adelante puedes, te apuntas. ¿Y no has pensado proponerles que te dejen libre las tardes de los miércoles?

–Lo diré, pero no creo. También quería preguntarte algo...

–¡Dispara!

–Es que no recuerdo como llegué a casa la otra noche.

Porfirio se ríe.

–Yo también estaba borracho... Te acompañé en taxi, y luego seguí hasta mi casa, ¿no te acuerdas?

–No. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

–Una entrevista en el taller, ¿por qué lo preguntas?

–Necesito hablar contigo.

–Pues no va a ser posible. Va a ser muy violento.

–¿Por qué? Quizás sea la última vez que te vea.

–Buscaré una solución.

Y quedamos en la cafetería al lado del taller a las siete.

Me siento en la cafetería junto a la ventana. Son las siete menos cuarto. Él llega diez minutos tarde. Cruza el salón haciendo zig-zag entre las mesas, me saluda con un beso en la mejilla y se sienta frente a mí, y los dos pedimos café. Está pálido.– Enhorabuena por el trabajo. Eso es lo que querías, ¿no?

–Renunciaría por venir al taller.

–¡No! Piensa con la cabeza, Adriana, no puedes dejarlo pasar. El taller seguirá y puedes volver cuando cambien las cosas.

–¿Y podríamos salir juntos de vez en cuando?

–¿Tú y yo, solos? –niega con la cabeza– Me atraes y te quiero como amiga, pero yo no soy lo que estás buscando.

–¿Y qué estoy buscando? –me mira fijamente mientras le da un sorbo al café– ¿Es que no te gusta? –menea la cabeza y me dice que no– Entonces es que estoy loca de remate.

–¡Qué vas a estar loca! ¿Por qué dices eso? –y sonrío.

–Me pasan cosas muy raras, tengo alucinaciones.

–Sí, me comentaste algo, era por la Absenta, ¿no?

–Pero la otra noche sentí que te gustaba.

–Yo estaba borracho, ¿tú no? Nos zampamos entre los dos una botella... Podría estar tonteando contigo, pero no quiero.

–¿Nunca te han dicho que tienes gran poder de atracción?

–Pues no vayas a engancharte.

Sus palabras me taladran la mente. Mira la hora, paga la cuenta y me pone una mano en el hombro.

–Tengo que irme. Hay una persona interesada y...

–Mi plaza está libre...

–Tu plaza está reservada hasta que vuelvas –me da un

beso en la frente y se va muy deprisa.

Me quedo mirándolo, busco la razón por la que me rechaza, y por otra parte, algo me dice que no estoy loca.

Llego al portal decaída y en el ascensor veo una fisura en el espejo. Llamo al timbre de casa, se abre la puerta. – ¡Adriana, no entres! –me grita el abuelo desde la sala. Agarrándome del cuello me tapan la boca y escucho la voz de Manolo. –Si gritas lo mato –y me suelta dándome un empujón, cierra la puerta y apunta con una pistola al abuelo que tiene las manos atadas a la espalda. Me tiemblan las rodillas. Me pide el bolso, se lo doy, revisa mi cartera, apuntando al abuelo rompe el papel con el teléfono de la policía. El abuelo me hace señas con los ojos y mira hacia el cuarto de Mara, presiento que está escondida.

–En horas estaremos en Marruecos. Recoge tus cosas, ¿a qué esperas? –me grita Manolo.

Voy a la habitación de Mara, cierro la puerta con pestillo, veo la amatista en el suelo que roza los flecos de la colcha, me inclino y está debajo de la cama temblando. –Esto tiene un buen golpe, ¿tú le pegas y yo le quito la pistola? –susurra poniéndose de pie. Manolo aporrea la puerta.

–Abre, ¿por qué te has encerrado?

–¿Qué hacemos, Mara?

–Nos escondemos detrás de la puerta, cuando entre le das con la amatista en la nuca con toda tu fuerza –me da la roca– Y yo intentaré quitarle la pistola.

–¡He dicho que abras! –me grita. Quito el pestillo. Nos pegamos a la pared detrás de la puerta. Ella se presigna y yo también.

–Estoy haciendo la maleta, pasa... –le digo en el tono más relajado que puedo. Abre un poco y asoma la cabeza.

Trago saliva, le pego con la amatista en la sien, da un grito y tambaleándose abre del todo la puerta. Mara le quita la pistola, se le resbala y cae al suelo. Manolo y ella intentan recogerla y le pego otra vez con la amatista en la nuca. Cae desplomado sobre la cama y Mara recoge la pistola.

—¿Respira? —le digo.

—Bicho malo, nunca muere. ¿Sabes el teléfono de la poli?

—Lo tenía pero lo ha roto.

—¡Pues búscalo en la guía o llama a algún vecino, rápido!

—Casi todos son despachos, no sé si habrá alguien.

—¿Sabes cómo funciona esto? —me pregunta con la pistola temblándole en la mano.

—Apretando el gatillo, supongo —corro al salón, mi abuelo está inconsciente, le siento el pulso y le doy golpecitos en la cara, abre los ojos con la mirada perdida. El periódico del 2 de mayo sigue en la mesa, abierto por el anuncio del taller, encuentro el número y marco nerviosa. Porfirio descuelga el teléfono— ¡Manolo está aquí con una pistola, llama a la policía, por favor!

—Sal de ahí pegando leches, llamo a la policía, tranquila.

—¡Está despertando! —dice Mara. Entro en el dormitorio y Manolo hace el gesto de levantarse. Sujeto la pistola con decisión. —No te muevas o disparo —me tiembla todo el cuerpo.

—No creo que ninguna de las dos seáis capaces... —se pone de pie y da un paso.

—¡Dispara, Adriana! —me grita mi amiga. Apunto a las piernas y aprieto el gatillo cerrando los ojos. Suena como un petardo y las dos damos un grito. Manolo se queja tocándose un pie.

—¡Me has dado, hija de puta!

El abuelo me llama. Manolo se incorpora.

–Un paso más, y esta vez apunto al corazón –me mira con ojos desorbitados. Mara desata la cuerda al abuelo, y la trae.

–Deja que me vaya, te juro que no volveré a molestarte, te doy mi palabra.

–Tu palabra para mí no tiene ningún valor –acerco la pistola a su cabeza y se echa a llorar, mientras mi amiga le ata las muñecas al cabecero de la cama.

–Ya está, ¿y ahora qué hacemos, esperamos a la policía?

–Sal con mi abuelo y me esperáis en el ascensor.

–¿Te vas a quedar sola con él?

–¡Tengo la pistola, date prisa! –Manolo da tirones de la cuerda y la afloja mientras gimotea.

–Adri, desátame te lo ruego, ¡por tu madre!

–Si fuera por ella, tendría que acribillarte a balazos.

–Fue un accidente, yo no quería hacerle daño, la empujé sin querer –libera una muñeca. Me tiembla el pulso, debo disparar, creo que se lo ha merecido, pero no tengo valor. Manolo se deshace el nudo de la otra mano, le apunto a la cabeza, tiembla todo mi cuerpo, se me resbala la pistola, Mara me grita que están esperándome y salgo corriendo al ascensor. El abuelo me abraza fuerte. Escucho la voz de Manolo. Mara pulsa el botón del último piso. Oímos ruidos en la escalera. Mara se muerde las uñas y nos miramos despavoridas. El abuelo me aprieta las manos. Pulso el botón de stop y toco el timbre de la alarma. Descendemos. Manolo grita desde abajo.

–Si vienes conmigo vivirás como una reina, ¿qué dices, Adri?

Pulso el botón de parada de nuevo, oímos golpes en una puerta del ascensor, y el ascensor vuelve a bajar. Manolo habla y luego grita– ¡Como se acerque disparo! ¡No se mueva!

–Hay alguien con él... –susurra Mara.

–Habrá entrado un vecino –comenta el abuelo. Me parece oír la voz de Porfirio pero no entiendo lo que dice.

–Creo que es el profesor del taller, escuchad... –se oye un disparo.

–¡Alto, policía nacional! ¡Tire el arma al suelo!

–¡La policía! –grita Mara y damos un bote. Suena otro disparo. Tiemblo pensando que le haya dado a Porfirio. Todo está en silencio, los tres nos cogemos de las manos. Se abre la puerta del ascensor y me emociono al ver a Porfirio.

–¿Estáis bien? Ha llegado la policía y él se ha pegado un disparo –Tira de mí y me abraza muy fuerte. Manolo está tumbado en el suelo y varios policías le rodean, tengo ganas de llorar. Porfirio me acaricia el pelo. –Tranquila, ya pasó todo –le presento a mi abuelo y a Mara, les da un abrazo.

–¿Ha muerto? –le pregunta el abuelo.

–Creo que respira.

Un policía nos pregunta si hay heridos, el abuelo le responde que no. Aconseja que subamos a casa que dos policías nos acompañarán para hacernos unas preguntas sobre lo sucedido. Suena la sirena de la ambulancia. Dos policías se acercan, uno murmura que no llegará vivo al hospital. El abuelo explica que cuando abrió para entrar en casa le empujó por la espalda y se coló dentro. Mi amiga continúa, que al reconocer la voz de Manolo, se escondió debajo de la cama.

Entran en el ascensor con los dos policías.

–Ahora subimos nosotros –les comento. Porfirio me besa en los labios, le digo que temía por él, me abraza y me susurra al oído que soy su heroína, nos reímos, me transmite serenidad, y llama el ascensor. Los enfermeros

atienden a Manolo y se lo llevan en una camilla. Él me acaricia la nuca. Le pregunto si le pasó alguna vez algo así. –A lo mejor resulta que nunca he vivido... Tengo que irme.

–¿No puedes quedarte un rato? Porfi...

Dice que no con la cabeza.

–No es conveniente.

–Pero si tú me gustas y yo a ti, ¿qué problema hay?

–...No soy lo que tú crees.

–En los cuentos, cuando besan a la rana se transforma en príncipe –nos besamos mientras me acaricia la espalda con movimientos muy rápidos. Por favor que no acabe, que nunca termine este beso... Me separa de él por la cadera. Me sonrío torciendo la boca y me introduce en el ascensor. Pulsa el cuarto piso, me guiña, creo ver la membrana transparente.

–Sigo siendo una rana... Pero volveré –y mordiéndose los labios cierra la puerta como un telón.

12. CÓMPLICES

En el desayuno, Mara, el abuelo y yo comentamos lo que ocurrió anoche. Ninguno podemos creerlo todavía. Suena el teléfono, ¿será Porfirio? Mi amiga se pone al teléfono y comenta que su madre está en Atocha.

—Anoche la llamé para contarle lo sucedido y le insité en que no viniera, pero como es una cabezota quería verme y ha cogido el tren. ¿Queréis que almorcemos juntos?

—Uno de los policías me dijo que me veía muy nerviosa y que mejor fuera esta mañana a prestar declaración, ¡y luego iré al supermercado, casi lo olvido!

Llamo al supermercado para avisar que voy a retrasarme y la señorita de información me comenta que se lo dirá al señor Ximes cuando llegue. Quiero agradecer a Porfirio lo que hizo por nosotros y marco su número, pero la telefonista dice que no existe. Trago saliva, debe haber un error, llamo de nuevo y vuelvo a escuchar el mismo mensaje.

A la diez de la mañana, un policía me está esperando en Comisaría y me informa de que la bala solo rozó la cabeza de Manolo, que se salvará.

—¿Irá a la cárcel?

—Por supuesto. Homicidio en grado de tentativa con dolo,

tenencia ilícita de armas, con premeditación, nocturnidad y alevosía, allanamiento de morada, rapto, secuestro, le caerán unos cuantos años.

—Y creo que mató a mi madre, me lo confesó, aunque según él había sido un accidente.

—En ese caso, se le condenará a 30 años y se solicitará al juez la prisión incondicional sin fianza, no tema, no la va a molestar más —respiro aliviada, y me pide que le cuente mi versión de los hechos. Luego me pregunta si conozco a Porfirio de la Fuente, le explico que es el profesor de un taller de escritura, y lee en voz alta parte del informe:

“Cuando llegamos a la dirección indicada, encontramos al presunto junto al ascensor, apuntando con una pistola a otro sujeto que dice llamarse Porfirio de la Fuente, del cual no nos consta su DNI, y hace un disparo. Aún no podemos determinar el lugar donde se alojó la bala pues nose ha encontrado. El presunto se pega la pistola a la nuca disparando contra sí mismo. Quiero hacer hincapié en este extremo, puesto que me parece extraño que se diera un disparo en la nuca y no en la sien como sería lo lógico.” —el policía alza una ceja mirandome fijamente—
¿Puede decirle a su profesor que contacte con nosotros cuanto antes? A su abuelo y la otra chica ya le tomamos anoche declaración y solo nos falta la suya. Eso es todo por ahora, puede marcharse, le mantendremos informada. Doy un rodeo para ir al supermercado y paso por delante del taller, en el portero electrónico ha desaparecido el anagrama del sol verde. Pulso el botón. Me contesta una señora.

—Hola, ¿está Porfirio?

—¿Porfirio? Aquí no hay nadie que se llame así.

—Perdone, ¿no es el primero A?

—Sí, este es.

–¿Y no es el taller de escritura Absenta?

–No. Esta es mi casa.

Pido disculpas y miro el portal, es el mismo. Un joven abre la puerta y me pregunta si voy a pasar mientras la sostiene. Entro y miro los buzones, ni rastro de la escuela de arte. Subo al primer piso y llamo al timbre. Me abre una pareja de ancianos, los dos están en bata. Me saludan y me sonríen.

–¿Aquí no había un taller de escritura?

La mujer mira al anciano con cara de sorpresa.

–No... ¿Acabas de llamar al portero, verdad? Vivimos en este piso desde hace 50 años y que yo sepa en este bloque no hay ningún taller.

Esto debe ser una pesadilla.

–Pero yo he venido aquí los miércoles a una escuela de arte.

–¿Te habrás confundido de bloque? –me dice el anciano.

–Estoy segura de que era aquí.

Los dos se miran extrañados.

–Si quieres pasa y ves el piso.

Desde luego el decorado añejo no se parece en nada al del taller. Les doy las gracias. Voy al edificio de al lado y subo a la academia *Estudios de Salud*. Pregunto a una chica que hay en el mostrador que si conoce un taller de escritura cerca.

–No tengo noticia, un momento... –pregunta a un hombre que sale de un aula con una bata blanca– ¿Por aquí hay un taller de escritura?

–En Gran Vía no, estoy buscando uno desde hace tiempo y el único que encontré está en la Castellana. Y aquí solo preparamos oposiciones para Sanidad –y señala un cartel que dice: “Próximas oposiciones auxiliar de clínica, 250 plazas”.

Están compichados con Porfirio o me volví loca de remate. Les agradezco su ayuda y me voy resignada.

En el supermercado busco al jefe de personal, me dicen que está reunido en su despacho y que espere en la puerta. Tarda media hora y sale acompañado de una chica que lleva en su brazo un uniforme.

El señor Ximes me tiende la mano para saludarme.

–¿Qué te pasó esta mañana? Nos quedamos esperándote.

–Llamé para avisar de que llegaría más tarde. ¿No se lo dijeron?

El hombre niega con la cabeza.

–Creí que te habías arrepentido, llamé a otra persona, acaba de firmar el contrato. Si hubieras venido unos minutos antes se podría arreglar, pero ya no puedo hacer nada.

–¡No me diga eso, pero si hablé con información!

–Lo siento, no me lo han comunicado. De todas formas guardaré tu curriculum por si necesitáramos personal en el futuro.

Me he quedado de piedra.

–Pues vaya día, todo me sale al revés.

–Seguro que encuentras trabajo pronto, que tengas suerte. Le doy la mano desanimada con la misma sensación de que el cielo se hubiera derrumbado sobre mí. ¿Qué puedo hacer ahora? Recuerdo el cartel de las oposiciones para auxiliar de clínica y vuelvo a la academia. La chica con la que hablé me informa que este año van a salir muchas plazas, y que durante el mes de mayo hay una oferta, no tienes que pagar matrícula, y que si estudio hay muchas probabilidades de aprobarlas. Me apunto, aunque no sé como lo voy a pagar. –Hace dos semanas empezó un nuevo grupo, las clases son a las diez. El lunes puedes

pagar la mensualidad y te daremos el temario.

Encuentro una nota del abuelo sobre la mesa de la sala: “Mi amigo ha fallecido, iré al entierro. He sacado del congelador las lentejas. Un beso.” Me preparo un café y escucho ruidos en el salón. Voy y la televisión está encendida. ¡Otra vez, no! La apago pero se vuelve a encender y Porfirio aparece en la pantalla.

–Hola, ¿Cómo estás? Espero que te hayas repuesto de lo de ayer. Adriana, ya sé que piensas que estás loca, pero te voy a dar una prueba. Anoche dejé una carta para ti en el buzón, para que confíes en que no te estoy mintiendo... Te mentí solo para entrar en tu vida porque te quiero, siempre te quise y siempre te querré. Tendremos que estar separados, pero no dudes que en mi mente estaré contigo –se me saltan las lágrimas– No llores, que se me parte el corazón. Además tengo un trabajo para ti.

Me seco las lágrimas.–¿Un trabajo de qué?

–Se trata de conseguir amigos para que cuando llegue la hora confíen en nosotros y ayudarles. ¿Quieres ser mi cómplice?

–Cuenta conmigo.

–Disfruta la vida, es hermosa, pero no olvides que tú y yo tenemos una cita. Aunque por ahora solo sea en esta pantalla, volveremos a vernos.

Se apaga la televisión y el abuelo entra en casa.

–¿Ya estás aquí? ¿Cómo te fue en tu primer día de trabajo?

–Pues mal, ya habían cotratado a otra.

–Lo siento, hija, no te desanimes que eres muy joven y encontrarás otro mejor.

–Fui a una academia, voy a prepararme unas oposiciones de auxiliar de clínica, van a salir muchas plazas.

–Yo te pagaré lo que cueste, verás como las sacas.

–Gracias, abuelo.

Llaman al teléfono, es Mara dice que están en la Plaza Mayor, que su madre nos invita a almorzar. Le pregunto al abuelo si le apetece y contesta que sí. Y quedamos en vernos en media hora.

En el portal abro la puerta y el abuelo se vuelve, dice que lleva días sin revisar el correo. Abre nuestro buzón.

–Adriana otra carta para ti, sin remite, ¿la rompo?

–Prefiero verla antes.

–¿Será de ese animal?

Dentro hay una tarjeta con una foto de los teleñecos y dos recortes de periódico. La tarjeta dice: “Salí rana, pero te quiero”, y lo firma “Kermit”–me río con una carcajada.

–¿Y quién es ese hombre que te hace tan feliz?

–No es un hombre, abuelo. ¡Es un ángel!

Abrazo la carta y tengo la certeza de que volverá.

APÉNDICE

New York Times, del 19 de junio de 1982:

“Hay algo más allá de los confines del sistema solar que se encuentra entre Urano y Neptuno. Una fuerza gravitacional que perturba los dos planetas, provocando irregularidades en sus órbitas. Los equipos sugieren una presencia lejana no visible, de un gran objeto, el planeta conocido como X. Los astrónomos están tan seguros de la existencia de este planeta que ya lo han llamado “Planeta X”, el décimo planeta.”

Washington Post de 30 de diciembre de 1983:

“Un cuerpo celestial, posiblemente tan grande como el planeta Júpiter y tan cerca de la Tierra que podría formar parte del sistema solar ha sido descubierto en dirección a la constelación de Orión por un telescopio orbital del satélite astronómico infrarrojo de los Estados Unidos (IRAS). El objeto es tan misterioso que los astrónomos no saben si es un planeta, cometa gigante, una “protoestrella” cercana que nunca se calienta lo suficiente para convertirse en una estrella, una galaxia distante tan joven que todavía está en proceso de formación de sus primeras estrellas o una galaxia tan envuelta en polvo que ninguna luz emitida por sus estrellas se consigue ver a través.”

CANCIONES

- Capítulo 1.** Escuela de calor, Radio Futura
- Capítulo 2.** Cuéntame un cuento, Celtas Cortos
- Capítulo 3.** Santa Lucía, Miguel Ríos
- Capítulo 4.** Dime tu nombre, Duncan Dhu
- Capítulo 5.** Eternal Flame, Bangles
- Capítulo 6.** Nacida para amar, Nina
- Capítulo 7.** La chica de ayer, Nacha Pop
- Capítulo 8.** Te quiero, Hombres G
- Capítulo 9.** La fuerza del destino, Mecano
- Capítulo 10.** Acuarela, Toquinho
- Capítulo 11.** Sabor de amor, Danza Invisible
- Capítulo 12.** Es por ti, Cómplices